



EL SIGNO DE LA MOMIA



EL SIGNO DE LA MOMIA



El signo de

la momia

por

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51-63

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1960

Depósito legal: B. 11.747 – 1960

Número de Registro: 5.030 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PRÓLOGO

ANTES DEL PRINCIPIO...

No quería morir. ¡No debía morir!

Sin embargo, había cosas que ni siquiera él podía resolver. No estaba al parecer en su mano, evitar el fin. El terrible fin que se avecinaba..., ¡precisamente ahora! Cuando podía ser el hombre más poderoso de la Tierra, el ser más rico y temido de todo el orbe...

Algo en él se rebeló contra aquel horror. La Muerte tenía un rostro descarnado y horripilante. Incluso para él, para el ser superior, para el amo de vidas y haciendas, para el coloso del planeta...

Consultó con mirada febril los grabados murales. Leyó en los caracteres del muro:

“Aquí, en la gran pirámide de Ketah, el Faraón de la XVI dinastía, Tanak VI, dispuso la conservación de su cuerpo, mientras su alma acude al eterno mundo de los dioses, para gozar de sus infinitas venturas.”

Seguía una fecha. Una fecha que luego, en el devenir de los siglos, sería el año 17, antes de J. C. Una fecha, que era la del feliz término del monumento funerario.

¡Pero él no creó aquella magna obra para ser “enterrado vivo” en ella!

Sin embargo, eso era lo que había sucedido. Vivía aún, alentaba, era un ser viviente... “¡Pero jamás saldría ya de aquella tumba terrible y gigantesca!”

Una sensación de impotencia, de angustia, de desesperación y de odio sin fin, se apoderó de él. Hincó las uñas en la piedra lisa y durísima, como queriendo abrir un hueco, como intentando hallar la salida hacia la luz, el aire y la vida..., ¡hacia el poder, la gloria y la fortuna!

La piedra resistía. No cedía a sus esfuerzos. Tanak VI sintió el horror, la más tremenda de las desolaciones ante la tragedia. Estaba tan habituado a sus fuerzas, que era absolutamente imposible imaginarse aquello. ¡Él!, que hubiera podido, en circunstancias normales hender la roca viva fácilmente..., ahora era débil, impotente, con la insignificancia física, propia de cualquier otro ser humano.

Jadeó, aferrándose el cuello con una mano crispada. En su muñeca recia, musculosa, tintineó el oro, centellearon las esmeraldas, rubíes y brillantes, gruesos como pedruscos, a la luz oscilante, demoniaca, de las antorchas colgadas del muro.

Lo miró con aversión, con ira. Su mano zurda rasgó las ajorcas, pulseras y brazaletes. Millones en joyas, que rodaron por tierra. Luego, se arrancó el tocado real de su cabeza. El tejido blanco y azul, bordado en oro, la insignia suprema de la majestad humana en Egipto, vio rodar por las losas, frías y grises, la espiral dorada de la serpiente que marcaba su realeza...

No podía culpar a nadie de todo esto. Él fue el único culpable. Él escogió la humana envoltura, el aspecto físico del hombre, la mente de cualquier otro ente terrestre... Y el efecto duraba hasta someterse a los rayos azules de su cámara real. Pero la cámara real, el artefacto de los rayos azules, todo en suma, estaba tan lejos de él, como si la inmensidad misma del Universo les separase.

¿De qué le servía su realeza, de qué sus sueños de dominio, su fabuloso poder en la Tierra, su cetro supremo entre los Reyes y Monarcas del planeta? ¿De qué el tesoro, los ejércitos, las grandes ciudades y los pueblos atemorizados y respetuosos para con él?

¿Qué podían significar ahora para él los enemigos ejecutados, los rebeldes a quienes ordenó matar, las mujeres que fueron de su propiedad, robadas a otros hombres, y por cuya belleza pagaron sus esposos el tributo de la vida, sacrificada por Tanak VI, amo y señor de vidas y haciendas, que les concedía el honor de matarles, para ser dueño absoluto de sus esposas, jóvenes y hermosas?

¿Qué valor tenían ahora los ejércitos de otros países, el propio ejército egipcio, procedente de Tehbas, diezmado cuando quiso rebelarse contra la tiranía sangrienta y opresora del temido Tanak VI? ¿Qué valía ahora todo eso..., si no era más que un cadáver viviente, preso en su propio cepo de muerte, en su morada postrera, imaginada para lo que nunca había de llegar, porque los seres como él eran eternos en su estado original, inmortales a lo largo de siglos y siglos?

Pero ahora..., convertido en un ser humano como cualquier otro..., ¿cuánto resistiría allí? ¿En aquella pirámide hermética, sin entradas ni salidas, con laberintos cerrados a todo intruso, con toneladas de piedra cubriendo toda salida y todo acceso al interior? ¿No era un hombre como los demás, sometido a iguales peligros y riesgos?

Solamente la cámara de rayos azules le hubiera devuelto su forma primitiva, la que nunca debió perder. Pero jamás llegaría a ella. Y desaparecido él, por la perfidia de su primer ministro Amenhet, y la complicidad perversa de su esposa Rashakah, las turbas destruirían el

precioso mecanismo capaz de convertirle de nuevo en lo que siempre fuera hasta llegar a la Tierra...

Gritó, aulló, golpeó las rocas, hasta sentir que su piel de humano se desollaba sobre las superficies llanas y duras, sin el menor resultado. Los ecos lóbregos, escalofriantes, del interior de la pirámide, le devolvieron su voz, extrañamente deformada, como una llamada anticipada de ultratumba.

Cayó de rodillas en las losas, casi sollozando, hincando el rostro hermoso, duro y cruel, en el rincón de helada piedra.

El aire encerrado en la pirámide se iba haciendo más y más enrarecido. Sus pulmones de humano, incapaz ahora de metamorfosearse, sentían la opresión del oxígeno que escaseaba.

Allí terminaban los sueños de conquista, las glorias soñadas, para cuando su raza dominase la Tierra... Sus hermanos nunca sabrían nada de él. Jamás nadie sabría cosa alguna. Y ningún otro acudiría en su ayuda. Era lo convenido. Si él no regresaba, no iría nadie más a intentar el dominio del planeta azul.

Cansadamente, se puso en pie. Sus ojos implacables, que miraran fríamente a tantos ejecutados, a tantos reos caminar hacia la muerte dictada por el poder del Gran Faraón, se clavaron en el gran recinto destinado a ser su última morada.

Allí estaban las joyas, los frutos, absolutamente todo. La farsa de su ministro Amenhet fue perfecta. La droga que le hizo parecer muerto, el encierro dentro de la pirámide, el cierre de las losas que le sepultaban para siempre...

Y ahora, al despertar, el horror de verse encerrado, vivo aún. Amenhet había sabido ser tan cruel como él mismo lo fuera antes. No le dio una muerte rápida y piadosa sino una terrible agonía en la tumba helada.

Contempló su féretro, los vendajes que se había arrancado furiosamente del cuerpo. Amenhet llevó su farsa incluso a fingir su momificación, para engañar a los demás. Pero aunque olía a aromas y aceites perfumados, no estaba momificado. Vivía. Vivía aún..., pero ¿por cuánto tiempo?

Se detuvo. Había allí papiros narrando su vida, pluma de ave y tinta rojas, para señalar el último rito escrito. La escritura de Amenhet aún estaba fresca al final. Todo el resto del papiro ofrecía una superficie tersa, sin escritura.

Tanak VI, tuvo una idea. La última de su vida como hombre.

Se acercó. El aire se viciaba por momentos. La fatiga de respirar crecía.

Tomó con mano trémula la pluma. Comenzó a escribir con los jeroglíficos egipcios de la época:

“Yo, Tanak VI, Faraón de Egipto, de la XVI dinastía, escribo aquí, en la soledad de mi tumba, aún con vida, el epílogo de mi propia existencia entre vosotros, los humanos.

Porque lo que hoy no comprendería el mundo, acaso generaciones venideras lleguen a entenderlo mejor. No soy un hombre, ni siquiera un terrestre. Pero adopto su forma y facultades. Y he de morir. No sé si el día que mi cuerpo sea sacado de aquí y de nuevo toque la luz y el aire, volveré a la vida. Si así fuere, juro destruir a la humanidad que me aniquila hoy, en venganza de lo que conmigo hacen los hombres. No tendré piedad...

Porque yo, “Tanak VI”, soy un ser llegado de un lejano planeta y...”.

El signo de la MOMIA



CAPÍTULO PRIMERO

ARQUEOLOGÍA



ONALD CALLOWAN suspiró. Luego procedió a su segunda rutina del día. Extrajo un largo, aromático, excelente habano. Mordió su punta. Luego, lo encendió con parsimonia.

Para él, era como un rito. Un acto solemne, que realizaba cada día, desde que ocupaba aquel despacho en Washington, al frente de los destinos de la más fuerte y amplia de las instituciones policiales del Universo: la “Spacial International Police”, Como familiarmente la conocía todo el mundo, la SIP. Tres iniciales respetadas y elogiadas por los hombres honrados, ya viviesen en la Tierra, en las bases Lunares, en Marte, Venus o cualquiera de los planetas y satélites o estaciones del espacio, puestas en órbita y ocupadas por los humanos. Tres iniciales odiadas, temidas por el hampa internacional.

Él regía los destinos de esa gran potencia de la Ley. El SIP era su

modo de combatir al crimen, de aniquilarle donde surgiese su maléfica semilla. La jurisdicción del SIP, no conocía fronteras. Ni terrestres ni espaciales.

A veces, había dejado de fumar sus magníficos cigarros. Era un sacrificio, quizás el mayor que podía aplicarse a sí mismo. Pero de ese modo se obligaba, cuando un caso le llegaba a obsesionar de tal modo que no vivía tranquilo hasta ver su solución. Entonces, la promesa de no fumar se mantenía fielmente. Sólo Dios y él, sabían lo que eso le costaba al noble y enérgico Callowan, el hombre número uno de la SIP.

Examinó los partes, cablegramas, telenoticias y demás correspondencia urgente. También eso lo hacía cada día, inevitablemente. Después de examinado todo lo de máxima urgencia, pasaba a consultar las restantes nuevas recibidas en sus horas de ausencia del despacho, auténtico centro neurálgico de la Policía Espacial e Internacional.

Éste era un día como otro cualquiera. Callowan se sentía particularmente tranquilo y feliz. Quizás era porque hacía más de dos meses que ningún agente especial del SIP causaba baja por matrimonio. Y últimamente, cincuenta aspirantes habían pasado a iniciar sus clases en la Escuela Espacial del SIP, donde recibirían sus enseñanzas físicas y mentales, las necesarias en un agente de la "Spatial International Police".

No había noticias particularmente alarmantes. Un agente en Bruselas, le informaba del hallazgo de un alijo de diamantes marcianos, entrados de contrabando en la Tierra, otro desde Buenos Aires refería los detalles de la captura de los hermanos Bradkar, asesinos de un taxista aéreo de la Luna. Había también noticias urgentes de sus hombres desplazados a Tokio y a Hong-Kong, con motivo de la cuestión de drogas venusinas, refinadas en una factoría ilegal de Oriente, para su distribución como estupefaciente activísimo a los ambientes del vicio de todo el "mundo.

Despachó esas graves cuestiones con celeridad, abriendo su interparlor para dictar las correspondientes instrucciones. Luego, se quedó con un solo cablegrama entre los dedos, sonriendo apaciblemente.

Era un despacho urgente, pero no precisamente alarmante ni molesto. Por el contrario, se trataba de un asunto puramente personal. De una amistad de quien siempre eran bien recibidas las noticias.

Leyó de nuevo el escueto mensaje, fechado en El Cairo:

“Expedición buen principio. Localizada vieja pirámide, sepultada arenas Desierto de Arabia.

Opinamos pertenece al menos al 1780 antes de J. C.
Magníficas esperanzas. Seguiremos informando,
viejo amigo. Tuyos siempre:

Sheila y Curd Von Mulders.”

Movió la cabeza, complacido. Sheila y Curd parecían tener suerte. Él era el primero en celebrarlo, como sin duda había sido el primero en saberlo, aparte los propios miembros de la expedición, naturalmente.

Evocó el momento en que abandonaron Washington, tras reunirse en Chicago con el profesor Stuart Craig, el notable etnólogo norteamericano. Los Von Mulder, y su socio y compañero, el viejo, profesor Chenal, de la “Société Francaise de Ethnologie”, pensaban que Stuart Craig era, después de ellos mismos, el primer investigador de las razas, pueblos y civilizaciones antiguas, desde que en 1989, descubriera los restos de la Atlántida, sumergidos en el Océano, situados entre las Azores y el Trópico de Cáncer.

Craig había aceptado la oferta de Von Mulder y su esposa, la doctora Sheila Von Mulder, partiendo con ellos hacia Egipto. El egiptólogo inglés Rusty Lawson, había quedado en unírseles en Lisboa, cuando estuvieran en camino hacia Egipto. Y así quedaría formado el grueso expedicionario que iba a buscar en Egipto nuevos restos de la antigua civilización de cuatro mil años atrás.

Los Von Mulder no se olvidaron de saludar a Callowan a su paso por Washington. La amistad era algo importante para ellos. También para Donald, que se sintió muy feliz de contar con ellos, aunque fuese por tan breve tiempo.

—Me gustaría saber si tendréis éxito, a pesar de que sea un profano en esa materia — les había dicho Callowan, con total sinceridad.

Y la respuesta de Sheila, no había tardado en llegar, con su inconfundible sonrisa como acompañamiento:

—No te preocupes, Callowan. Cuanto suceda de interés, sea positivo o negativo, te será comunicado antes que a nadie. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... — había declarado Callowan, realmente satisfecho por la deferencia de los científicos—. El día que sepa, que habéis hallado algo valioso, me sentiré tan feliz como vosotros mismos.

—Lo sé — el fornido y eternamente joven Curd Von Mulder, uno de los etnólogos más ricos y generosos del mundo, había palmeado su espalda, riendo rudamente, como él sabía hacerlo—. Eres un gran amigo, Don. Y un excelente muchacho...

Callowan suspiró. Esa había sido la despedida. De ello hacía solamente mes y medio. Y ya habían encontrado una pirámide que, de ser realmente lo que ellos suponían, constituiría un sensacional hallazgo más, para comprender el grado de civilización y progreso del Antiguo Egipto.

Contemplando de nuevo el telegrama, musitó, como si ellos pudieran oírle desde su lejano emplazamiento actual:

—Suerte, amigos. ¡Mucha suerte...!

* * *

— ¿Y bien?

Pierre Chenal levanté la cabeza muy despacio. Se enjugó el sudor con el dorso de la mano. Luego, clavó sus ojos grises y penetrantes en el rostro ancho, macizo, de Von Mulder.

—Es él... — dijo roncamente.

— ¿Está seguro, profesor?

—Totalmente seguro.

— ¡Dios mío...! —Curd Von Mulder dio unos pasos por la amplia tienda de campaña construida de metal plástico refractario—. Eso significa..., ¡significa un hallazgo importantísimo!

—Cierto — asintió Chenal, moviendo de arriba abajo su cabeza de blancos cabellos—. Significa, ni más ni menos, que uno de los Faraones más discutidos, el Faraón que casi todos los historiadores del Antiguo Egipto han llegado a negar que existiera, ¡es el que nosotros hemos hallado en esa pirámide!

Chenal asintió. Luego, su mirada pensativa fue al sarcófago cubierto de pinturas multicolores, que los cuatro milenios de sepultura no habían apenas dañado. Contempló el cuerpo rígido, momificado, del que pendían jirones de vendas. No aparecía envuelto en ellas, como otros viejos hallazgos faraónicos. En éste, o el tiempo las deshilachó, arrancándolas de su cuerpo, o alguien, después de la muerte del Faraón, había intentado despojar al cuerpo de sus envolturas aromatizadas, con sólo Dios sabía qué secreto designio.

Pero esta última versión resultaba difícil de admitir. Ellos mismos habían descubierto que era totalmente imposible entrar en la cripta funeraria. Solamente las poderosas y diminutas cargas nucleares y corrosivas, milagro técnico-científico del siglo XXI, habían logrado minar la roca viva, pese a las protestas de los expertos egipcios, que no deseaban el daño material en el monumento.

La orden del Gobierno Federal de los Estados de Oriente, Medio, permitía a los etnólogos el uso de cargas explosivas, siempre que no

dañaran ni pusieran en peligro vidas o residencias humanas. En el año 2000, un viejo monumento, por valioso que pudiese ser para los investigadores, carecía de significación para los Gobiernos, más preocupados por levantar nuevas estructuras, que por conservar las viejas. Alguien había dicho en el Consejo Mundial de Naciones, que las ruinas no servían más que para vivir de recuerdos gloriosos y olvidarse del presente y, lo que era más importante, del futuro.

En el mundo materializado y progresista del año 2000, no podían exigirse romanticismos fuera de lugar. Solamente los científicos dedicados al estudio del pasado, guardaban un cierto respeto hacia los viejos residuos de la Humanidad desaparecida.

Por eso los daños en la pirámide, habían sido menores. Lo suficiente para abrir una galería recta hasta la cámara mortuoria. Los tesoros en oro, piedras preciosas y todo eso, habían sido inmediatamente entregados al Control Internacional de Riquezas Públicas. Solamente unas piezas de escaso valor material, pero de mucho mayor precio científico, se conservaron. Y, con ellas, los pergaminos que, en lengua jeroglífica de cuatro mil años atrás, referían la vida y sucesos del Faraón muerto.

Aún no habían podido traducir nada. El lenguaje era confuso, retórico y difícil de aclarar. Más tarde, el experto egipcio Ferhat Bey, que figuraba en la expedición desde la, salida de Alejandría en aeroturbo, hasta el cruce del amplio desierto a bordo de un “super-oruga” propio para recorrer a gran velocidad los terrenos arenosos, leería lo que estaba escrito allí.

Sheila Von Mulder abrió la puerta flexible y ligera de la tienda. Su radiante belleza rubia, juvenil y potente, que formaba tan vivo contraste con su temperamento estudioso, inteligente y vivaz, de mujer dedicada a la Ciencia, pareció llenar la tienda toda. A su lado, Von Mulder, pese a su aspecto físico fornido, parecía el padre de su esposa. De todos modos, quizá, la llevaría más de quince años.

— ¿Qué hay?— preguntó ella, vivamente, con su cálida voz de mujer culta.

—Buenas noticias, querida—suspiró Curd.

— ¿Eh?— élla se volvió vivamente a él, sus pupilas azules brillaron, excitadas. Bajo la blusa amarilla, su busto palpitó aguadamente—. ¿Entonces es... es...?

—Sí, doctora Von Muller — Intervino suavemente el profesor Chenal —. Creo que, según todas las trazas, es el misterioso, el discutido y tantas veces negado Faraón de la Dieciséis Dinastía, Tanak VI.

— ¡Tanak VI! —ella dilató sus ojos, aturdida por la noticia—.

¡Cielos, es sensacional! ¡Vamos a demostrar a todos los Institutos y Centros del mundo, que realmente existió ese Faraón, que reinó en esos dos años oscuros, que los historiadores aseguraban ocupó un extranjero que no era Faraón, y del que jamás se supo nada más! ¡Esta es la prueba! ¡Existió..., fue Faraón... y fue enterrado como tal!

—Esperemos un poco aún— dijo serenamente Curd, apoyando un brazo en los hombros de su mujer—. No tenemos seguridad alguna, hasta no haber traducido esos papiros y saber lo que dicen..., la historia que está escrita en ellos, hace cuatro mil años... Son simples teorías, suposiciones, más o menos sólidas, del profesor Chenal y mía...

— ¿Y Craig? ¿Qué dice el profesor Craig?

—Nada.

— ¿Nada? — se extrañó ella.

—Eso es. Se reserva su juicio hasta conocer mejor los hechos... Ahora está examinando las pertenencias del difunto, el interior de la pirámide... No creo que tarde en regresar y nos diga entonces lo que...

Chenal exclamó riendo:

— ¿Hablan de Craig?— rio Chenal—. Ahí lo tienen ustedes...

Había mirado a través de la ventana de materia plástica, transparente y dotada de respiraderos filtradores de aire frío. Poco después se alzaba la cortina de la entrada. Stuart Craig, enjuto y muy alto, de rojos cabellos, gruesas gafas y barbilla recortada, color cobre brillante, les sonrió desde el umbral, con aire cansado. Sus ropas beige aparecían cubiertas de un polvillo tan rojo como su propio pelo.

—Hola — saludó, sacudiéndose el polvo con irritación—. ¿Algo nuevo, amigos?

—Sí — musitó Chenal—. Creemos estar ante Tanak VI.

—¿Tanak VI? — Craig soltó una leve risita —. ¿El “Faraón Fantasma” de la Dieciséis Dinastía? Vamos, profesor. Solamente los fantásticos creen en él. Tanak VI no existió. No hay la menor prueba de que existiera.

— ¿Quién gobernó entonces en esos dos años en blanco de las Dinastías Egipcias? — argumentó Sheila von Mulder.

—Se dice que un extranjero— Observó Craig—, Pero ésa es la versión que dan los profesores Benson y McAllister en mil novecientos setenta y cinco, según ciertos documentos pertenecientes al primer ministro Amenhet, que algunos historiadores han tachado de apócrifos. No tenemos la menor garantía de que Amenhet los escribiese realmente. Ni siquiera de que Amenhet, intrigante y ávido de poder, que más tarde sería ejecutado por orden de Myzino III,

dijera la verdad en su relato, sobre ese supuesto Faraón de tan corto reinado, y de quien nada hablan las crónicas de entonces.

—Recuerde, Craig, que Amenhet mismo decretó que borrasen su nombre y sus obras de toda referencia histórica, y ordenó matar a quienes desobedecieron sus órdenes—le citó Curd von Mulder.

—Tonterías. No se puede borrar la historia fácilmente. Desengañense: Tanak VI no existió. He estado tratando de leer las inscripciones de la cripta funeraria. Su jeroglífico es extraño y difícil de traducir. No corresponde a los demás sistemas de escritura del siglo dieciocho antes de Jesucristo.

Dijo Curd:

—Eso podría confirmar que estamos realmente ante un faraón que no fue egipcio.

—¿No? ¿Qué fue entonces? ¿Hitita, nubio, persa...?—Craig rio—. Vamos, amigos míos, no somos novelistas, sino investigadores. Olvidemos la imaginación.

Chenal y los Von Mulder se miraron, encogiéndose de hombros con fatalismo. Después de todo, no podían obligar a Craig a creer en algo de lo que ellos mismos no estaban convencidos.

La puerta se abrió de nuevo. Esta vez era un hombre joven, rubio y atlético, un auténtico Apolo del siglo XXI el que apareció. Su camisa abierta dejaba al descubierto el bronceo, potente torso. Venía sudoroso, alarmado. Sus grandes ojos verdes y rasgados miraron a Sheila von Mulder, a Curd, a Chenal, y finalmente a Craig, que se había vuelto curiosamente hacia él.

—Hola, Lawson— saludó Craig con cierta frialdad—. ¿Qué ocurre ahora? ¿Ya le han nombrado miembro de honor del Real Circulo Egiptológico de Londres?

La mirada de Rusty Lawson, el investigador de egiptología inglés, no reflejó precisamente simpatía hacia Stuart Craig.

El joven sabio inglés de asombrosa hermosura masculina no parecía ser muy amigo del engreído investigador yanqui.

—El día que ocurra eso, usted será el último en saberlo, Craig —. manifestó con rudeza Lawson—. Las noticias que me afectan a mí, solamente se las comunico a los que considero amigos.

—Muy amable, Lawson — replicó Craig con fina ironía—. No sé quién me habló de la diplomacia inglesa...

Lawson le atajó:

—No sería un norteamericano. Con ustedes es mejor olvidar las buenas costumbres.

Stuart Craig rio entre dientes. Pero pareció afectarle la pronta

agudeza de Lawson. Sus ojos se achicaron, estudiando con ira a Lawson,

Éste, sin hacerle caso, se volvió a los demás. Habló con rapidez, con voz precisa y urgente:

—Alí Bahara ha traducido ya el papiro real de la tumba.

Hubo un silencio denso, inquietante. Se miraron todos entre sí. Incluso Craig pareció olvidarse de su enemistad con Lawson, y enarcó las cejas rojizas, con aire reflexivo.

— ¿De veras? — Fue Curd von Mulder el que avanzó, soltando el brazo de Sheila—. ¿Cuándo ha sido eso, Lawson?

—Ahora mismo, apenas hace diez minutos... Ha sido una labor difícil, pero ha logrado la traducción.

Y por cierto que está muy afectado. Ha perdido el color...— miró fijamente a Chenal—, Profesor, me ha pedido le recomiende a usted el máximo cuidado con esa momia.

— ¿Eh? — Pierre Chenal le estudió, perplejo—, ¿Qué clase de cuidados? ¿Es que no conozco yo mi trabajo?

—No es eso, profesor. Alí Bahara dice que procure usted, cerrar el sarcófago. Cerrarlo... “y asegurarlo bien”.

Chenal se quedó estupefacto.

Craig soltó una leve risita.

— ¿Es que nuestro buen amigo va a salir por ahí de paseo si no le cerramos la puerta? — comentó con sarcasmo.

—Es curioso, Craig. Pero justamente ése parecía ser el temor de Alí Bahara cuando me citó esa recomendación.

Sheila von Mulder se estremeció. De un modo instintivo, la mujer se olvidó de la habitual frialdad Científica, para ser solamente mujer. Se ocultó contra el pecho de su marido, que la acogió contra sí, con escepticismo.

—Esos orientales siempre dicen cosas raras y con bastante frecuencia — observó Chenal, encogiéndose de hombros.

Sin añadir más se acercó al ataúd egipcio, aplicó la tapa policromada, con emblemas de Isis, Osiris y Anubis, en medio de complicados jeroglíficos que eran como oraciones y plegarias por el muerto, dirigidas al Valle Eterno de los Dioses.

Luego aplicó los cierres de metal. Se apartó, levemente sudoroso.

—Vamos — dijo Von Mulder—. Veamos a Alí Sahara...

* * *

Paul Martin firmó el cablegrama especial, rumbo a Washington.

Destinatario: Donald Callowan, *Spacial International Police*.

El texto era conciso. Señalaba el fin de su misión. Había terminado la tarea en Argel. Aún obraba en su poder la felicitación del presidente del Estado Soberano de Argelia, perteneciente a la Federación de Grandes Estados Africanos, fundada en 1972, cuando la total libertad del Continente Negro, sin injerencias europeas ni de ningún país o ciudadano blanco.

Un éxito más de la SIP. El misterio de los asesinatos en la Misión Africana en Marte y en la Estación T-4 del Espacio estaba resuelto. El culpable había sido entregado por la SIP al Gobierno Argelino,

Ahora era el momento de regresar a Francia. Él, Paul Martin, agente especial del SIP, en la Central de la Policía Internacional del Espacio de París, no tenía ya nada que hacer en Argel.

Solamente permanecer un día o dos, disfrutando del merecido descanso, tras la titánica lucha contra los culpables de los crímenes investigados.

Y era justamente lo que iba a hacer. No tenía familia, novia ni compromisos de ninguna especie en París.

El día anterior se le había comunicado que su presencia en la capital francesa era innecesaria. Por tanto podía permanecer hasta cuarenta y ocho horas más en África, descansando de la azarosa aventura vivida.

El arrogante Paul Martin aprovechó el permiso y decidió continuar en Argel. Había anulado su despedida del Gran Hotel Oasis, quedándose por una o dos fechas más.

Argel, en el año 2000, era una de las ciudades más extraordinarias de África, digna de un detenido interés por parte del viajero.

Ahora que no tenía su tiempo esclavo de la peligrosa misión, podía dedicarle toda su atención a la ciudad y sus bellezas.

Entregó el cablegrama en la ventanilla de la Oficina de Comunicaciones Terrestres y del Espacio. Un cuarto de hora más tarde estaría en poder de Callowan, el jefe supremo de la SIP.

Abonó la tarifa especial para los servicios internacionales de policía y Estado. Salió luego de las oficinas postales. El sol cálido de Argel le acogió de nuevo, en las hermosas, amplias avenidas de altos edificios blancos, de plastmetal, centelleando en el día.

Los termofríos de las calles daban al aire ciudadano la temperatura ideal, bien diferente al intenso calor que se respiraba en el resto del territorio.

Por las rendijas del pavimento plastimetálico brotaba el aire frío,

constantemente renovado, que transformaba en auténtico oasis todo aquello que afectara la producción de sus poderosos turbo nucleares subterráneos.

Por encima de las cabezas de los ciudadanos argelinos, las grandes rutas aéreas, serpenteando entre los edificios, dejaban pasar los rojos, blancos y verdes bólicos en su vertiginosa marcha por la ciudad, sin los remotos problemas de tráfico de cuarenta o cincuenta años atrás, cuando las ciudades del mundo no habían llegado aún a aquella perfecta, simétrica y prodigiosa realidad del siglo XXI.

África no era ya un Continente primitivo y sin civilizar. Los nativos habían demostrado, a lo largo de los años de independencia, que la inteligencia y mentalidad del hombre negro era idéntica a la del blanco, si disponía de los medios suficientes.

El colonialismo y todas las demás secuelas ancestrales de superioridad racial se habían extinguido. Una cristiana igualdad entre los hombres era quizá la mejor y más noble de las virtudes de las generaciones del 2000.

Se alejó, paseando, hacia el Hotel Oasis. Sus pasos eran lentos. Algo sorprendente en aquella era de vertiginosa rapidez.

Por primera vez en muchos años, Paul Martin no tenía nada que hacer, ni prisa por ir a parte alguna. Era hermoso eso. Muy hermoso. Le hacía pensar a uno que vivía en otra época.

Eran pocos los viandantes entonces. Los aeroturbo, de transporte gratuito, y la superabundancia de Aero-vehículos propios, reducían al mínimo la existencia de peatones.

Paul Martin suspiró, mientras paseaba por las refrigeradas avenidas del Argel del año 2000.

Cualquier día, en cualquier momento, podía llegarle de nuevo la llamada de urgencia de la SIP, el aviso de un nuevo delito que investigar, de un nuevo delincuente a quien dar caza... y la paz habría terminado definitivamente, para volver al torbellino violento de la lucha, la investigación.

Por eso ahora, cuando podía disfrutar de esa calma confortante, procuraba saturarse de ella, vivirla intensamente.

Tiempo habría luego de volver a la pugna, al esfuerzo cotidiano...

Cuando así pensaba, el agente especial del SIP, Paul Martin no podía siquiera imaginarse lo cercano que estaba el más azaroso y siniestro caso que jamás abordaría en su vida.

De allí mismo, del propio suelo africano, surgiría pronto la alucinante incógnita que le precipitaría a un abismo de horror y de angustia, a una pesadilla sin precedentes...

Pero eso era aún ignorado por él. El Destino no le habla elegido todavía como el primer personaje de su dramático y terrible juego...

CAPÍTULO II

“TANAK VI”



SO..., eso es cierto, Alí Bahara?

—Completamente cierto. La traducción es correcta. Consulten a mi compañero, el doctor Perhat Bey, del Centro Nacional de Lenguas de El Cairo...

Todos los ojos se centraron en el aludido. Alí Bahara podía ser puesto en tela de juicio respecto a su fidelidad como traductor. Pero nunca Ferhat Bey.

El famoso políglota egipcio era una de las principales eminencias mundiales en su género, traductor incluso de los lenguajes hallados en las rocas de Marte, y de las inscripciones venusinas, de pretéritas y extinguidas razas inteligentes.

Miembro del Consejo Universal de Idiomas, Ferhat Bey estaba fuera de toda duda.

Incluso para Stuart Craig, el investigador norteamericano. Avanzó éste, peinándose con los dedos sus rojos cabellos, con aire pensativo. Inclínose sobre Alí Bahara.

— ¿De modo... que es Tanak VI? —inquirió roncamente.

—Lo es.

—Y aún más — dijo lentamente Ferhat Bey—. Tanak VI, según él mismo escribió después de morir, “no era un ser humano”.

— ¡Absurdo! —estalló Sheila von Mulder.

—Eso es un disparate, una farsa... — arguyó su marido roncamente.

—Un momento, señores—cortó Pierre Chenal gravemente—, ¿Por qué no permiten que nos sea leído lo que escribió Tanak VI en la

tumba, una vez enterrado en vida por el perverso Amenhet? Eso puede aclarar muchas cosas...

—No creo que Tanak VI fuera enterrado vivo, ni que él escribiese por sí mismo el epílogo del papiro que narra su vida — rechazó Craig abruptamente —. Es absurdo, novelesco, irreal... Y nada digamos de esa declaración. Si no era humano... “¿qué era?”

—Un ser de otro mundo, Craig — dijo lentamente Alí Bahara.

La carcajada del norteamericano sonó tan estruendosa, que irritó a los demás.

Chenal le miró con desagrado. Von Mulder y su mujer no dijeron nada. Lawton se apresuró a observar:

—La mejor idea aquí la ha manifestado el profesor Chenal. ¿Por qué, en vez de reírnos de la historia, no la escuchamos? Después de todo, los relatos de pieles rojas de cierto país no son mucho más verosímiles...

Stuar Craig se revolvió, enfurecido, y fulminó con la mirada a Lawton.

— ¡Eso fue hace doscientos años, inglés!—dijo, despectivo—. Cuando ustedes aún tenían el país lleno de estranguladores y destripadores de mujeres...

—Pero nosotros hemos sabido cambiar de costumbres—rio Lawson—. No todos pueden decir lo mismo...

La ira ahogó a Craig.

Sheila von Mulder, dominando la risa, procuró aprovechar el momento para dirigirse a los investigadores egipcios, a quienes pidió, serena:

—Por favor, ¿quieren leernos ese texto? Escucharemos “todos”, ¿verdad, caballeros?

Nadie dijo nada. Y Ali Bahara, aprovechó para aclararse la voz y comenzar a leer el jeroglífico del papiro:

“Yo, Tanak VI, Faraón de Egipto, de la Dieciséis Dinastía, escribo aquí, en la soledad de mi tumba, aún con vida, el epílogo de mi propia existencia entre vosotros, los humanos...

"Porque lo que hoy no comprendería el mundo, acaso generaciones venideras lleguen a entenderlo mejor.

”No soy un hombre, ni siquiera un terrestre. Pero adopté su forma y facultades. Y he de morir. No sé si el día que mi cuerpo sea sacado de aquí y de nuevo toque la luz y el aire, volveré a la vida. Si así fuere, juro destruir a la Humanidad que me aniquila hoy, en

venganza de lo que conmigo hacen los hombres. No tendré piedad...

"Porque yo, Tanak VI, soy un ser llegado de un lejano planeta, y mi misión era iniciar la invasión de este mundo.

"Mis hermanos aguardan.

"He llegado en una nave del espacio, que estos seres de hoy creyeron auténtico prodigio de los dioses, y me aceptaron como al divino elegido para ser su Faraón, sustituyendo al que acababa de morir.

"Su hijo tenía más derecho que yo. Pero mi orden de matarle, se cumplió al pie de la letra.

"Mi forma real resultaría horripilante aquí, en la Tierra. Por ello, utilizando el poder de mis Rayos Azules de transformación física, me he convertido en hombre. Todos me creen tal, y nadie recela de mí.

"Amenhet, mi primer ministro, es un traidor. Y mi esposa y favorita, Rashakah, también. Entre ambos han planeado esto. Me han drogado, aprovechando el momento de mi sueño, mis debilidades de ser humano, que desaparecen cuando me someto a los Rayos Azules y recupero mi forma primitiva.

"Sólo conservo mi enorme poder telepático y magnético, que puede convertir a los hombres en asesinos o en bestias dóciles. Resulta gracioso ordenarles: "¡Mata!" Y ellos matan...

"Pero ahora estoy condenado. No puedo salir de aquí. Mis hermanos "de otro mundo no sabrán mi suerte, no vendrán a ayudarme. Y al no regresar yo, ninguno de ellos seguirá mis pasos. Es lo convenido.

"Con mi muerte, este odioso mundo de atraso y de vileza se salvará de nuestro poder, de nuestra invasión, que convertiría la Tierra en algo hermoso y super civilizado. Y a los humanos en lo que son: simples bestias esclavas, sin inteligencia.

"El aire se agota ya. Creo que voy a morir. Noto ya la asfixia. Mi cuerpo sin embalsamar se pudrirá aquí con los años de encierro. Pero si así no ocurriese, si me momificara, pese a no estar embalsamado, significaría que realmente "sigo siendo inmortal".

"Y yo, "Zorn", el ser llegado de Andrómeda, que dista un millón de años-luz de la Tierra, volveré a vivir,

para aniquilar a los humanos, para hacer de ellos asesinos y víctimas, para destruir al mundo que ahora me condena a morir de esta horrenda manera.

"Yo juro matar, destruir, aniquilar, si ese instante llega. Pasen mil, dos, tres, cuatro, diez mil años.

"El tiempo para mí, para nosotros, los de Andrómeda, no existe. Somos inmortales. Sí vosotros, los que esto leáis, encontraréis mi cuerpo incorrupto, sabed la verdad.

"Yo mataré! ¡Yo destruiré a la Humanidad!" Y será inútil cuanto hagáis. "Soy invencible". A pesar de que ahora, el más torpe y cobarde de los hombres me haya vencido.

"Eso no volverá a ocurrir si retorno yo a la vida.

"Yo, "Zorn", os advierto. "¡Vais a morir todos!"

"Y luego mis hermanos de Andrómeda llegarán por millones a la Tierra, para dominarla.

"Yo, "Zorn", os lo..."

Reinó el silencio en la tienda.

Se miraron entre si todos, sin atinar a decir algo. Alí Bahara, muy pálido y con la voz ronca, comentó, dejando el papiro sobre la mesa:

—Ahí termina. "Zorn", o Tanak VI, agotó una de las dos cosas: la tinta... o la vida.

—Hubiese utilizado su sangre — apuntó Chenal, con un estremecimiento —. Creo que el aire se agotó.

Y halló la muerte.

— ¿"La muerte"? — preguntó Rusty Lawson, significativo—. ¿Pero..., "murió"?

—Es evidente que sí — declaró Craig con sequedad.

—Pero lo hemos hallado incorrupto — sugirió con lentitud Sheila von Mulder.

—Eso, según el relato, significaría que "vuelve a vivir" — asintió Curd von Mulder con calma—. Pero puede ser todo un engaño de Tanak VI. O un delirio en las fronteras de la muerte.

—Sería un delirio muy extraño — replicó Ferhat Bey—. En el año mil setecientos y pico antes de Jesucristo hablar de una nave del espacio, de Andrómeda, de invasores planetarios y de transmutación física de los seres hubiese parecido una cosa irreal. Demasiado increíble para admitir que un ser normal de entonces escribiera tales cosas...

En eso parecieron convenir todos, por la aplastante lógica del razonamiento. A pesar de ello, Craig todavía tuvo algo que objetar a lo que consideraba un imposible.

Dijo:

—Los egipcios poseían una vasta cultura, una civilización superior, tal vez, a todo lo que hemos imaginado y descubierto, yo mismo, en las ruinas submarinas de la remota Atlántida, hallé vestigios de astronaves, de vehículos asombrosos, de carreteras aéreas...

—Ésa era otra civilización, Craig — le recordó Chenal—, Usted mismo lo afirmó. Una civilización superior a la actual, incluso. Pero un cataclismo terrestre la absorbió para siempre, como puede ocurrirnos a nosotros mismos cualquier día. Y eso desapareció. Nos habrá costado tal vez diez o doce mil años recuperar parte de su gran avance técnico y científico.

— ¡Pero es que esa historia es grotesca!—aulló Craig, extendiendo su mano para señalar el papiro—. ¡Tanak VI puede haber sido ese Faraón, voy a aceptarlo, pese a mi escepticismo de antes...! ¡Pero aceptar que fue un “extraño”, un ser llegado de otro planeta, con poderes sobrenaturales y deseos de conquista es absurdo. Totalmente absurdo. Yo, como científico, no puedo aceptarlo. Ni creo que nadie de este grupo lo acepte.

—Denos entonces una versión convincente de los hechos, y admitiremos eso — objetó Sheila von Mulder enérgicamente.

—Opino como la señora Von Mulder — apoyó Lawson fríamente.

—Muy bien. Opinen como les guste, señores—se irritó Craig—. Carezco de elementos de juicio para esgrimir mi propio criterio; Sólo sé que Tanak VI no pudo ser un invasor planetario. O se trató de un hombre de gran inteligencia, que sabía mucho sobre el espacio y los problemas siderales, y jugó una mala pasada a los futuros investigadores, o alguien ha entrado posteriormente en esa tumba, y nos ha hecho la burla perfectamente.

—No sea necio, Craig — se molestó ahora Alí Bahara—. Los caracteres son de un egipcio antiquísimo y muy poco utilizado por cierto. Si quiere que le diga la verdad..., solamente Tanak VI lo utilizó. Eso podría significar que era realmente un “extraño”. Y, como tal, se influenciaba de lenguas ajenas. Luego el profesor Bey y yo hemos comprobado la autenticidad del grabado, la vetustez del mismo. El tinte aplicado a lo que se grabó en el papiro es de la época en cuestión. Su vejez corresponde también a lo previsto.

—Es lo que dicen ustedes —atajó Craig glacialmente y se encaminó a la salida —Veremos si es cierto. Yo no lo creo. Ni lo creeré

nunca. Si insisten en llevar las investigaciones arqueológicas por ese camino..., me retiraré de la expedición. Y mañana mismo saldré para Estados Unidos. Buenas tardes, caballeros...

Abandonó la tienda. Se quedaron en ella los seis investigadores restantes.

Miráronse entre sí. Transcurrió un largo, profundo silencio. Éste quizás hubiera tardado todavía más en quebrarse, de no moverse la cortina de la puerta súbitamente.

Lawson, que, estaba junto a la salida, pegó un respingo. Luego, avergonzado de su sobresalto, ante las miradas de todos, inclinó confusamente la cabeza. Miró a la persona que había aparecido.

—Ah, es usted, señorita Marlow — musitó —. Perdome, pero se ha hablado aquí de cosas tan extrañas..., que uno se asusta de cualquier cosa.

Kareen Marlow sonrió, aceptando la excusa. Era bonita y joven. Un par de años menos que Sheila von Mulder, y algo más menuda que la esposa del arqueólogo. Su cabello era intensamente negro, de reflejo azulado. Los ojos, por contraste, eran de un verde parduzco. Su figura, femenina y graciosa, vestía el claro uniforme de los arqueólogos adentrados en el desierto.

—Vengo en busca suya, señor Von Mulder —habló la joven suavemente, mirando al jefe de la expedición, el potentado austríaco—. Ha llegado un cablegrama urgente, vía “retransmisión-satélite K”, procedente de Washington. Es para usted y su esposa...

—Deme, señorita Marlow, por favor. — Sheila sonrió cordialmente a la joven auxiliar de los trabajos de arqueología y clasificación de hallazgos. Tomó el despacho de manos de Kareen, que devolvió la sonrisa a la señora Von Mulder, con simpatía —. Gracias, querida...

Lo leyó. Von Mulder acercóse a ella, tratando de olvidar por un momento el extraño problema originado por el hallazgo asombroso del único Faraón negado por los historiadores... y que por sí mismo juraba ser un ser de otros espacios.

—Es de Callowan — sonrió Sheila von Mulder, entregándole el papel a su marido—. Nos desea mucha suerte en las tareas investigadoras, ahora que tenemos en nuestro poder a la momia de Tanak VI.

Y espera que le mostremos a ese gran Faraón, cuando volvamos a vernos.

—Quiera Dios que sea así — suspiró Curd —. Será señal de que no ha sucedido nada malo... y de que la momia es realmente una momia.

El comentario sorprendió a Kareen Marlow, que dilató sus bellas pupilas con estupor. Luego interrogó:

—Pues ¿qué suponen que es esa momia?

—Hija mía, se asombraría si se lo dijéramos. Tanto, que más vale que lo siga ignorando, en tanto tratamos de entenderlo nosotros mismos — suspiró Pierre Chenal, mesándose con suavidad los cabellos blancos; la vista perdida en el vacío.

La impresión personal y estrictamente privada de Kareen Marlow, sobre la escasa normalidad mental que acostumbra a presidir los actos e ideas de los científicos, cuando llevan ya un largo número de años metidos en sus tareas, creció de grado.

Después de todo, para Kareen Marlow, auxiliar y archivera de los egiptólogos, una momia seguía siendo siempre una momia. Aun en un siglo de prodigios como aquél.

* * *

Le costaba mucho trabajo dormirse aquella noche.

En realidad, no era por el tórrido calor del desierto, porque éste no penetraba en las tiendas de material refractario y poderosa refrigeración concentrada. Estaba segura de que tenía la culpa Tanak VI de su insomnio de aquella noche.

Kareen Marlow se rebulló una vez más en el lecho de la tienda. No lejos de ella, Saadi Mussek respiraba profundamente, sumida en el más reparador e intenso de los sueños.

Kareen sonrió. Estaba segura de que un repentino terremoto, o la caída de un satélite gigantesco, súbitamente desplomado sobre el desierto, no hubieran alterado lo más mínimo el sueño de la joven egipcia encargada con ella del trabajo de clasificación y de los informes para los museos e instituciones científicas internacionales.

El sueño de Saadi, su compañera de tienda, todavía logró irritar más sus nervios excitados, y llegó un momento en que, siéndole imposible seguir acostada, echó a un lado las sábanas plásticas porosas, dotadas de aire frío, y tomando un paquete de cigarrillos y el encendedor, se aproximó a la puerta.

Levantó la cortina, saliendo a la arena.

Encendió un cigarrillo, y se apoyó, fumando con parsimonia, en la tensa tela plásticometalica de la tienda. Su mirada vagó por el desierto, sobre la ondulada extensión arenosa, dorada y suave, perdiéndose en la distancia, bajo las estrellas.

Cierto que ahora el desierto había perdido su mayor embrujo, aquel del pasado, cuando su extensión era de miles de millas sin

habitar, salvo pequeños “aduares”, oasis, aldeas y tribus nómadas formando eternas caravanas. Ahora los desiertos habían dejado de ser tales. Desde que los viejos feudalismos desaparecieron, desde que los gobernantes árabes, como otros de Asia y África, pensaron en el bien de los pueblos, sin lucros personales, se edificaron ciudades en las arenas, se formaron canales de agua, los ríos como el Nilo y otros formaron enormes presas y pantanos que dieron vida a extensiones inmensas y desoladas, que la bárbara política seguida anteriormente, basada, en el atraso de las gentes, mantuvieron a lo largo de siglos.

Pero aun así, el desierto seguía siendo hermoso y seguía siendo fantástico, pleno de misterio. El mismo negro espacio, sobre las arenas, aquel firmamento oscuro, salpicado de brillantes astros, no había perdido su embrujo ni su fascinación por el hecho de que los hombres hubieran sido capaces de conquistarlo.

Kareen fumó en silencio, aspirando el aire cálido del desierto, dejando que en sus pupilas, como en las superficies de dos lagos mágicamente surgidos en las dunas, las estrellas se mirasen, reflejando sus fulgores tenues y remotos.

De súbito, la joven se irguió. Había percibido un ruido en el campamento. Miró en torno. Siempre quedaba un miembro de vigilancia, más en previsión de la posible incursión de alguna alimaña del desierto, que por temor a ataques humanos. Egipto era un lugar de escasa delincuencia y alto grado de civilización y convivencia humana.

La tienda de los Von Mulder era la más cerca a su derecha. A la izquierda quedaba la de Stuart Craig, Pierre Chenal y Rusty Lawson. Más allá estaba la de los egipcios Ferhat Bey y Alí Sahara. Y terminando el campamento, la de los hombres nativos cedidos por la Sociedad de Estudios y Ciencias de El Cairo, para la investigación y trabajos. Ya habían pasado también los tiempos en que se contrataban siervos. Ahora todos eran en la expedición hombres de estudios y, de preparación adecuada. A la hora de trabajar con las manos, esforzándose por cavar, abrir brechas o mover objetos sólidos y pesados, todos prestaban su colaboración física, excepto las mujeres.

En una tienda central, donde no dormía nadie, se guardaban los hallazgos. Entre ellos, naturalmente, la momia de Tanak VI...

Kareen escuchó, aguzando mucho el oído. De momento no captó nada. Creyó haberse equivocado. O acaso sería el propio guardián encargado ahora de la vigilancia. Tal vez, incluso, alguien que como ella, era incapaz de cerrar los ojos.

De súbito, se repitió el sonido.

Era como un roce. Comprendió por qué se había inquietado tanto.

No era el ruido que produciría cualquiera de ellos al moverse. Era sigiloso, cauto..., solapado.

A Kareen le recordó el movimiento de una serpiente, o el deslizarse de una alimaña siniestra. Sin saber por qué, no le gustó. Incluso sintió temor...

Acudió a su mente una frase que le había parecido absurda. Curd von Mulder había dicho: “Quiera Dios que tengamos suerte. Será señal de que no ocurre nada malo... y de que la momia es realmente una momia”...

¿Qué otra cosa podía ser? No le habían explicado el misterio que encerraba esa frase. Pero ella había visto varias veces la momia desde su hallazgo. Incluso la había ayudado a mover hasta la tienda-almacén del centro del campamento. Y no parecía sino lo que realmente era: una momia. El cuerpo de un hombre embalsamado cuatro mil años antes.

El ruido volvió a ser audible, Kareen retrocedió dos pasos, con la vista fija en el almacén. Estaba terminantemente prohibido a todos los miembros del grupo, sin excepción, entrar durante la noche en la tienda-museo. Un cierre especial guardaba el acceso al interior, donde los valiosos objetos se guardaban.

Y el ruido había llegado de dentro de la tienda-almacén. Estaba plena, totalmente segura de ello...

Dilató sus ojos, conteniendo la respiración. Nadie, ni siquiera el centinela de turno, se hubiera atrevido a entrar de noche allí. Además Curd von Mulder era el único poseedor de la llave que abriría el sistema de seguridad. Y él era el primero en seguir a rajatabla, la orden dictada por sí mismo.

Hubiera querido entrar en su tienda, despreocuparse de ello por completo, y tratar de dormir, para referir al día siguiente lo que sucedía. Pero no podía hacer eso. Y estaba segura de que ahora ni siquiera conciliaría ya el sueño en toda la noche.

Volvió a percibir sonidos raros, espeluznantes, dentro del almacén. Algo así como pasos o roces, algo que denotaba movimiento sutil, susurrante.

Rápidamente adoptó una decisión valerosa. No era una mujer cobarde ni torpe. Kareen avanzó con rapidez hasta la tienda central del campamento. No denotó el menor miedo o aprensión. Llegó a la pared posterior, rodeó la tienda, pegada a la lona plastificada. Se encontró ante la puerta.

Estaba cerrada. “Cerrada por fuera”, como se disponía durante la noche.

Vaciló. Sintió que las palmas de sus manos se humedecían. Las

rodillas le temblaron ligeramente Pero no por ello flaqueó su valor. Apoyó la mano en la puerta, probó de moverla. Fue inútil. Estaba herméticamente cerrada, sin lugar a dudas. Y era un sistema de puerta que “no podía cerrarse por dentro” debido a su forma.

Empezó a retroceder, paso a paso. Porque ahora sí que estaba segurísima de haber vuelto a percibir sonidos dentro de la tienda herméticamente precintada desde el exterior.

— ¿Qué le ocurre, señorita Marlow?

La pregunta, llegando a espaldas suyas, le hizo pegar un respingo, en tanto que brotaba de su garganta un ronco grito de terror. Giró en redondo, y se tranquilizó, con el seno palpitando, al descubrir a Ferhat Bey, el investigador egipcio, empuñando su pistola corrosiva, en su ronda nocturna.

—Dios mío, usted logró asustarme... — musitó—. No sé lo que creí...

Ferhat Bey sonrió. Pero seguía contemplando, con sus negros ojos levemente recelosos, a la muchacha.

—No debería andar por aquí a estas horas. Y menos aún tratar de abrir esa puerta — observó el egipcio.

— ¡Yo no trataba de abrir nada! — protestó Kareen—. ¡Sólo quería ver quién producía los ruidos!

— ¿Qué ruidos?—extrañóse Ferhat.

— Los de ahí dentro...— susurró ella.

— ¿Ahí? — Ferhat Bey enarcó las cejas—. Eso es absurdo, No hay nadie dentro que pueda hacer ruidos.

—Lo hay. Sé que lo hay. He percibido los ruidos varias veces. “Alguien se mueve tras esa puerta...”

Ferhat Bey ensombreció el gesto. Parecía realmente perplejo. Pero no se burló de ella. En vez de eso, buscó en su bolsillo. Extrajo la llave especial del almacén.

Kareen le miró con sorpresa.

— ¿Usted la lleva? — preguntó extrañada. -Creí que era el señor Von Mulder quien...

—Excepcionalmente, esta noche pasa de centinela a centinela.

— ¿Por qué?

—Quiera Dios que no sea por la misma razón que usted ha oído esos ruidos. Veamos.

Se movió hacia la puerta. Introdujo la llave especial. Giró la cerradura automática, al simple roce del magneto de la llave. Ferhat; miró con una sonrisa preocupada a la joven.

— ¿Quiere quedarse conmigo? — preguntó—. ¿O prefiere volver a su lecho?

—Me quedaré — musitó ella—. Puedo serle útil, si ocurre algo...

—Gracias, señorita Marlow — el egipcio la apartó suavemente—. Pero quédese atrás, y grite si hay alguien. Si es un ladrón puede atacarnos...

SI avanzó delante, levantó la cortina plástico-metálica, y su mano accionó el resorte lateral de luz. Se inundó la tienda-almacén de una claridad igual y azulada, muy intensa.

A su luz, miró Ferhat Bey todo el interior. Junto a él, Kareen Marlow que, poco a poco, se fue aproximando, hasta pisar el umbral.

No había nadie. Absolutamente nadie.

El hacinamiento de objetos egipcios aparecía intacto. Ni rastro de ser viviente alguno. Ferhat Bey ya empezaba a volverse hacia Kareen, con gesto de reproche por la falsa alarma, cuando la mano de la joven se extendió hacia el interior, y su índice señaló a un lugar determinado, chillando con voz agudísima, vibrante:

— ¡Mire ahí! ¡“Mire”!... ¡Dios mío..., “la momia ha desaparecido”!

Era cierto. El sarcófago multicolor estaba abierto.

Y vació.

CAPÍTULO III

EL HORROR



IN pensarlo un momento, el egipcio penetró a la carrera. Kareen le siguió sin vacilar, pese al, súbito miedo que se había apoderado de ella.

Se detuvieron frente a la caja mortuoria del Faraón. Había jirones de vendas por el suelo, pero ni rastro del desaparecido.

La tapa de la caja, asegurada por Chenal aquella misma tarde, había sido arrancada de su sitio, los goznes estallados, sin duda por una fuerza enorme, que proyectó la tapa hacia adelante,

resquebrajando, incluso, su madera. Tal fue el impulso sufrido por el sarcófago al ser abierto.

—Cielos, pero si nadie ha entrado aquí... — musitó Ferhat—. Anteriormente, montaron guardia Craig y Lawson, por ese orden. Ninguno notificó novedad alguna. Lawson no me dijo nada, y es un muchacho de gran oído. Ahora me dice usted, que percibió ruidos, y en cambio no hay nadie dentro. Pero la momia ha desaparecido...

— ¿Quién puede haberla robado? — gimió Kareen, perpleja—. ¡Era el más valioso descubrimiento de los últimos tiempos, profesor Bey...!

—Lo sé, hija, lo sé... Robado, no sé quién pudo robarla. Veamos...

Examinó los muros. Todos intactos, sin señales de violencia. De pronto, el egipcio se detuvo. Señaló al suelo.

—Mire — dijo—. ¿Ve eso, señorita Marlow?

Kareen asintió. Veía lo que le señalaba el egipcio. Era un objeto de arcilla, caído y roto, entre el sarcófago y una urna donde se alineaban armas y útiles antiguos, hallados también en la tumba de Tanak VI. No era solamente la rotura de la arcilla, sino lo que aquella arcilla marcaba.

Al caer se había quebrado, dejando un montón de polvillo rojo. Y sobre ese montón aparecía la huella de un pie.

Kareen se inclinó, estudiándolo con atención.

—El ladrón ha pisado la arcilla que sin duda él mismo tiró— dijo lentamente—. Ahora podemos saber quién era. O cómo calzaba, al menos...

La suave risa de Ferhat Bey tuvo algo de siniestra, y Kareen le contempló, sorprendida e inquieta.

Pese a que reía, la faz del egipcio reflejaba una viva preocupación, una aprensión latente y clara.

—Temo, señorita Marlow, que esa huella señale algo muy distinto a lo que usted supone—dijo con voz ronca—. ¿Se ha dado cuenta de que es la de un pie descalzo..., con tiras de tela o vendajes en torno? ¿Se ha dado cuenta..., “de que es la huella del pie de la momia”?

Kareen palideció, lanzando un leve grito de terror.

Pero ese grito fue ahogado por el escalofriante, largo y terrible alarido que, de súbito, hendió la noche, conmoviendo todo el campamento científico.

Era el grito de muerte de alguien...

Súbitamente, todo el campamento, puesto en pie y arrancado del sueño, se puso en conmoción. Salieron todos los miembros de la expedición de los distintos lugares donde dormían.

Los primeros a quienes vieron Ferhat Bey y Kareen Marlow fueron a los Von Mulder y Stuart Craig. Después a Rusty Lawson, Chenal, Saadi Mussek, milagrosamente despierta por el chillido...

— ¡Vamos!—aulló Ferhat Bey, enarbolando su mano armada —. ¡El grito ha partido de allá, al fondo del campamento! ¡Luego les explicaré lo que sucede!

Corrieron todos hacia donde señalaba Ferhat. Kareen descubrió que caminaba precisamente hacia la propia tienda del lingüista egipcio. En la puerta de ella se detuvieron. La mano de Ferhat encendió con celeridad la luz. Todos los rostros se hacinaron, en pos de la explicación de aquel grito lacerante, estremecedor, auténtica voz de muerte que había llevado un tenso escalofrío a cada uno de los ocupantes del campamento.

No tardaron en descubrir la razón del grito. Y, con ella, la de aquel postrero, alucinante aviso de muerte...

La víctima yacía en tierra, junto a las revueltas ropas de un lecho en el suelo. La sangre, encharcaba sábanas y arena, incluso salpicaba las paredes plásticas de la tienda, en un horrible caos escarlata.

El rostro del muerto era una máscara escalofriante de terror, de angustia y agonía, frente a la muerte imprevista, insospechada e implacable.

Pero poco más quedaba en él con forma humana. El cuerpo se encogía, desarticulado, roto, con los huesos pulverizados por una fuerza sobrehumana, aterradora. Y el cráneo era un amasijo de huesos astillados, masa encefálica, dispersa y cuero cabelludo ensangrentado. Algo así como una mano gigantesca, titánica, se había abatido sobre él, destrozándolo como si fuera la cáscara de un simple huevo.

La víctima era Alí Bahara.

Y Ferhat Bey pronunció las más terribles y reveladoras palabras que podían escucharse en esos momentos. Unas palabras que hicieron estremecer a todos, por el pavoroso significado que implicaban:

—Por Alá... ¡Él..., precisamente “él”..., que fue quien leyó la amenaza escrita por Tanak VI!...”

* * *

— ¿Se encuentra mejor, señorita Marlow?

— Sí, gracias — la joven agradeció con una sonrisa la

pregunta de Curd von Mulder—. Creo que ya estoy bien... Fue una debilidad pasajera.

—Lo comprendo — Sheila von Mulder fumaba nerviosamente, dando paseos por la tienda adonde había sido llevada Kareen al desvanecerse—. Usted aún no sabía lo de Tanak VI y su extraño mensaje. Pero había visto la huella de ese pie sobre la arcilla... y la desaparición de la momia en el almacén. Después, al oír que Bahara fue el lector del extraño testamento de la momia estelar, si realmente lo fue, perdió la consciencia. A mí me hubiera ocurrido igual, si no empezara a sentirme curada de espantos en este viaje.

—No fue eso solamente lo que creo que me hizo desmayar —. suspiró Kareen— Acaso la vista de aquel horrible espectáculo. Pobre Alí. Tan sencillo y afable siempre... Parecía como si una roca de cien toneladas le hubiera aplastado.

—Sí. Lo terrible es que no hubiese roca. Ni nada que explicase ese poder destructor —. susurró Curd von Mulder, pensativo, con la vista perdida en tierra— Nada..., salvo Sakhmet.

— ¿Sakhmet? — Kareen le miró con extrañeza—. ¿Qué es eso, señor Von Mulder?

—Usted tal vez no lo sepa, señorita Marlow. Pero en el antiguo Egipto había un símbolo de la venganza y de la destrucción. Una diosa terrible, que marcaba el aniquilamiento de aquellos a quienes se odiaba. Era Sakhmet, la diosa que mataba. Naturalmente, era sólo una superstición, un simbolismo religioso de los egipcios, Sakhmet estaba entre las estatuillas halladas en la cripta de la pirámide Tanak. Alguien se la llevó del almacén. Estaba caída junto a Alí Bahara, manchada incluso con su sangre. Extraño, ¿verdad?

Kareen estaba muy pálida. Asintió. Sheila se apresuró a inclinarse, rodeándola los hombros con un brazo. Intuyendo lo que sentía, destiló sobre sus labios las gotas fortalecedoras de una cantimplora de coñac. Kareen se sintió mucho mejor después de quería cálida sensación pasara por su garganta.

—No hables de eso ahora, Curd— musitó la arqueóloga —. Esta muchacha está muy afectada. Vale más no citar detalles desagradables.

—Está bien. Perdone, muchacha. No había caído en ello — el rudo egiptólogo se sentó en una banqueta metálica, con el ceño hundido por una profunda arruga—. Creo que acabaré sin pensar absolutamente en nada cuerdo, si esto continúa así. Primero, esa disparatada noticia de la momia llegada de otro planeta. Después, su desaparición del almacén. Y, finalmente..., Bahara muerto. Es francamente horrible. Y de todo punto inexplicable.

—De acuerdo, Curd — suspiró Sheila—. Solamente hay un medio de poner esto en claro.

—¿Y es...?

—Avisar al SIP.

—Se reirán de nosotros si les contamos la historia de esa momia que llegó de otro planeta. Es un disparate tan grande, que nadie puede creerlo...

—Curd, han de creer por fuerza. No es sólo lo que dice ese papiro, sino lo que estamos viviendo todos nosotros. La momia ha desaparecido, es evidente. Y nadie entró en el almacén. Una fuerza que no es humana, aniquiló a, Bahara. Eso tampoco admite discusión. Estamos, pues, ante un peligro “real”.

Y hay que avisar a la SIP. Donald Callowan es nuestro amigo. Creerá en nosotros. Tiene que creernos.

—Ojalá sea así. Aunque dudo mucho que ningún agente de la SIP pueda enfrentarse a un muerto disecado, capaz de matar y destruir a su paso.

—El SIP ha hecho siempre milagros. Esperemos que en esta ocasión haga uno más, Curd.

—Falta nos está haciendo — suspiró Von Mulder, ceñudo.

Poco después, Kareen se rehacía y emprendía el regreso a su propia tienda. Al salir, encontróse a Stuart Craig y Ferhat Bey, que, montaban guardia en la plaza central del campamento. Un grupo de egipcios, al mando de Lawson, guardaban otro punto de la agrupación de tiendas plásticas. Y por otro lado, Pierre Chenal discutía a voces con Arnold Worth, el angloegipcio encargado de la organización de los expedicionarios.

Kareen Marlow suspiró, avanzando hacia su tienda. Seguramente Saadi Mussek dormía ya. Ella necesitaba algo más que un asesinato y el hecho de que una momia saliera de paseo a medianoche, para sentirse realmente desvelada.

Levantó la puerta plegable, encaminándose a su propio lecho. Acaso por el miedo instintivo que los últimos sucesos habían provocado en ella, al entrar hizo algo que nunca realizara antes de ahora. Presionó el resorte, encendiendo la luz azulada de la tienda.

Saadi, ciertamente, dormía ya. Su figura yacía en el lecho, totalmente inmóvil y callada. Apenas mirándola de soslayo, Kareen se dirigió a su propio lecho tendido en tierra.

De súbito, fue como si unas heladas raíces surgieran del suelo, aterrándola, impidiéndole dar un paso más. Un sudor frío, de muerte, cubrió su ser.

No se derrumbó inconsciente, porque algo, tal vez su propio terror, la sostuvo a duras penas en pie. Luego, giró sobre sí misma, lanzóse al exterior, con un grito terrible, desgarrador, el segundo que, en la misma noche, se percibía en el campamento de arqueólogos.

¡No era Saadi, la dormilona Saadi Mussek la que yacía en el lecho contiguo..., “sino la figura espantosa y rígida de la momia llegada de otros planetas”!

CAPÍTULO IV

MÁS HORRORES



AUL MARTIN se despezó. Pulsó luego el botón de conexión del visio-parlor. La figura del conserje del Gran Hotel Oasis, apareció en la pantalla fluorescente, de reducido tamaño, aplicada al audífono.

— ¿Dígame, señor?

—Por favor, prepáreme la factura—dijo Martin con abatimiento
—. Me marchó.

—Sí, señor. ¿Tiene dispuesto su equipaje?

—Si. Encargue, al mismo tiempo, un billete para el Intercontinental de las seis, Destino, París,

—Entendido, señor. Tendrá su pasaje para esa hora. El Intercontinental abandona el Espaciódromo Municipal de Argel a las seis y diez minutos. Puede pasar un turbo-móvil a recogerle, minutos antes de las seis.

—Está bien, gracias. Hágalo así, por favor.

Cerró el visio-parlor. Luego, se incorporó, bostezando. El

descanso había terminado. La buena vida tocaba a su fin. Ahora, en París, la obligada visita a Monsieur Duros, jefe del SIP en Francia y Bélgica.

Después...

Sólo Dios sabía el “después”.

Nuevas misiones, nuevos riesgos, otros peligros... Lo de siempre. Lo que sabía que iba a constituir su cotidiano festín, en cuanto fuese agente, especial del SIP. Paul no se sentía particularmente infortunado por ello. Sentía la sed de emociones, y sobre todo, amaba la justicia, el orden y la legalidad. La Tierra, en el año 2000 sin sombra de belicismos ni de provocaciones armadas, unificada bajo un sistema Federal de Naciones y Continentes, qué regía el Gran Consejo Internacional, para toda diferencia política o de cualquier especie, era un lugar apacible y próspero. Sólo bastaba controlar su orden, perseguir el crimen, siempre existente aun en la mejor y más modélica sociedad. Las criaturas, por mucho que el mundo pudiera progresar, seguían naciendo buenas o malas. La “Spacial International Police”, cuidaba de que las últimas se mantuvieran en un apartado no perjudicial para el resto de la sociedad honesta y legal.

Por eso le gustaba seguir en el SIP, jugarse la vida cada día, luchar por la Ley con todas sus fuerzas. Además..., estaba solo.

La soledad, también era una de las grandes razones de su vida, para la existencia que llevaba. No sentía aliciente alguno por nada, No tenía a nadie con quien compartir las horas de reposo y de sosiego. ¿Para qué quería, entonces, la paz de un hogar... si no había hogar ni elementos para componerlo?

Decididamente, ésta era su vida. La aventura, el riesgo, la inquietud constante. Y seguiría ese camino, hasta que un día se encontrase con algo que significase más que todo eso en su vida. Solamente entonces, vacilaría. Se preguntaría: “¿Qué camino debo seguir?”. Y de la respuesta, dependería la decisión de su futuro.

Se vistió sin prisas, mientras pensaba todo eso. Una vez ataviado, empezó a disponer el reducido equipaje. Miró en torno, a la suntuosa habitación del Hotel Oasis, al panorama espléndido de Argel. Todo esto terminaba. Volvía a París. A la gran ciudad de doce millones de habitantes y gigantescos edificios, de amplias avenidas y grandiosos bloques. Pero carecía de la belleza apacible de esto. París, significaba lucha otra vez.

Llamaron a la puerta. Desde uno de los “parlores” dispersos por el apartamiento, que hacían innecesario desplazarse hasta la entrada, Paul indicó:

—Adelante.

Luego, el indicador de luces le mostró su parpadeo verde. Eso significaba que no había entrado nadie. Era el “robot-repartidor”, que había depositado algo en el buzón de su departamento.

Se encaminó a la puerta. Junto a ella, la caja metálica del buzón fue su objetivo. La extrajo del muro, la abrió. Dentro, había un despacho, en sobre cerrado. Llevaba el membrete del Hotel Oasis. Y debajo una indicación en letras rojas: “Servicio de cablegramas en propia mano, vía espacial”.

Tomó el sobre, lo rasgó, y extrajo su cablegrama, recibido por la centralilla cablegráfica del hotel, y remitido a la habitación correspondiente, por el auto-servicio interior.

Era un mensaje de Washington. Lo firmaba Donald Callowan. Y cambiaba por completo sus planes al respecto.

Enarcó las cejas. Volvió a leer el texto. Se encogió de hombros, resignado. Ordenes eran órdenes. Y él, un hombre que solamente debía cuidarse de obedecerlas puntual y metódicamente.

Se encaminó al inter-yisio-parlor. Descolgó. La sempiterna figura del conserje asomó en la televisión. Paul habló con paciente tono:

—Anule el billete para París, amigo.

— ¿Se queda, señor?—sonrió el hombre.

—No, -no. Me marchó. Necesitaré, de todos modos, un billete. Pero éste no será ya para el Intercontinental. Quiero un asiento en el espacio-transporte con destino a El Cairo. Lo antes posible...

El empleado contestó:

—Lo tendrá, señor. ¿Es definitivo?

— ¿Definitivo? Imagino que sí... — suspiró Paul Martin suavemente.

* * *

—Es la respuesta a nuestro mensaje, querida —dijo Curd Von Mulder, tendiendo el documento a Sheila—. Callowan nos da su contestación.

— ¿Cuál es, Curd?

El arqueólogo se la entregó. Sheila' leyó:

“Enterado extraño, incomprensible caso. Mi más cercano agente, Paul Martin, en la actualidad en Argel, emprenderá inmediato viaje hacia El Cairo, y posteriormente al campamento del Desierto de Arabia. Él me informará. Es hombre inteligente y valeroso. Suerte, amigos.

Donald.
Callowan.”

—Menos mal—suspiró Sheila, sintiendo que se le quitaba un gran peso de encima—. Nos han tomado en serio Curd. La SIP interviene...

—Sí — asintió Curd Von Mulder lentamente—. La SIP interviene. Pero yo me pregunto: ¿servirá eso de algo?...

Sheila Von Mulder no contestó. Nadie podía contestar a la pregunta del arqueólogo. Excepto el propio SIP... y, naturalmente, la momia de Tanak VI. O del invasor planetario “Zorn”, como él mismo declarara llamarse, cuatro mil años antes...

* * *

—Parece que está algo mejor — declaró Saadi Mussek, saliendo de la tienda con la taza de caldo y el tubo de comprimidos reactivantes —. El tratamiento está dando resultado hasta, ahora, profesor Craig.

—Ya le dije que era lo indicado — aprobó Stuart Craig, pensativo.

—Asombroso. Además de eminente etnólogo, nos resulta usted un gran médico, amigo Craig —rio Rusty Lawson de buen humor.

—No soy médico — cortó secamente el americano —. Pero mi hermano sí lo es. Y le he visto tratar casos parecidos.

— ¿De gente que se asustó de una momia... o de su presencia? — rio de nuevo Lawson.

El pelirrojo sabio contempló con ira y hostilidad al joven y arrogante inglés.

—Es usted un inconsciente y un necio, Lawson—cortó con frialdad—. Vale más no hacerle caso...

—Por favor, dejen de pelearse — pidió la joven Saadi, la muchacha egipcia—. Ahora no es el momento oportuno para tales discusiones. La señorita Marlow está delicada, y los horrores de esa espantosa momia, están demasiado presentes en todos nosotros para que los olvidemos alegremente.

— ¿Quién los ha olvidado?—rezongó Lawson—. Es simplemente que Craig y yo no hacemos buenas migas.

—Por supuesto que no. Usted no es un sabio. Me recuerda a los jovenzuelos que viven del ajeno esfuerzo y explotan su masculina belleza—le insultó Craig —. Por eso me da náuseas.

— ¡Craig, eso sí que no se lo consiento!—aulló Lawson—. ¡Es una calumnia!

Arrojóse sobre el americano. Ni éste ni Saadi Mussek pudieron interponerse a tiempo. Lawson le descargó dos fulminantes directos, que le arrojaron violentamente por tierra.

El enjuto y larguirucho Craig, poco podía frente a un atleta como Lawson. Sus dos impactos al mentón, le derribaron como un fardo. Cuando su rostro chocó con la arena, sangraba abundantemente por boca y nariz.

A los gritos de Saadi, acudieron algunos, cuando ya Lawson, enfurecido, intentaba rematar su duro castigo a Craig, abalanzándose sobre él. La primera en llegar fue la rubia y hermosa Sheila, Von Mulder.

No vaciló un solo instante. Llevaba en sus manos uno de los instrumentos de trabajo, exactamente un perforador electrónico de piedra. Era de metal, pesado por su motor y su forma alargada.

Lo enarboló un instante, lanzándolo sobre el cráneo de Lawson. El joven atleta se paró en seco. Recibió el impacto del contundente objeto en la nuca, y se dobló sobre sí mismo. Luego, con un gemido se abatió de bruces, quedando inmóvil en tierra.

—Gracias, señora Von Mulder — habló Stuart Craig, incorporándose y sacudiendo la arena de su traje—. Ha sido muy oportuna su ayuda. Y no me avergüenza que una mujer me eche una mano en caso de auténtico apuro.

—Intervendría igual en cualquier caso de violencia, cualesquiera que fuesen los combatientes — dijo con sequedad Sheila, sin apartar su dura mirada de Lawson— No me gustan las peleas. Son métodos rastreros y viles de resolver las diferencias. Creo que los seres humanos disponemos para algo de la palabra y del ingenio. No somos fieras, para dirimir nuestras disputas a golpes.

— ¿Qué ha ocurrido, Sheila? — preguntó Von Mulder, a sus espaldas, apareciendo al frente de Chenal y otros —. ¿Qué significa todo este alboroto?

—Significa que Lawson se ha dedicado a provocar peleas, precisamente cuando todos hemos de estar bien avenidos.

—Acaso lo provoqué yo mismo, sin querer — musitó Craig, secándose el hilo de sangre de su boca—. Es un joven impetuoso... y le ofendí.

—Es muy noble su actitud de admitir su parte de culpa. Pero él fue el agresor de hecho. De modo que sigue siendo Lawson el responsable — sostuvo Sheila con frialdad—. De todos modos, le agradeceré que en lo sucesivo, se abstenga de provocarle. Es mejor vivir en paz entre nosotros, sobre todo cuando nos amenaza un peligro como el de anoche...

—Ese peligro desapareció ya dijo— Curd Von Mulder con energía, iniciando una sonrisa al pasar su poderoso brazo sobre los hombros de Sheila—. De donde ahora tenemos esa momia, por mucho que sea su poder, no logrará salir tan fácilmente.

—Yo no lo diría muy alto, profesor — opinó suavemente Chenal, con gesto, grave —. Sobre todo, recordando lo que hizo con el cuerpo de Alí Sahara...

Hubo un estremecimiento general. Von Mulder miró con ira al profesor francés.

—Podría guardarse esos comentarios para otra ocasión, Chenal— dijo con aspereza—. No son precisamente para levantar los ánimos a nadie...

—Lo siento. El mundo y su historia, están llenos de muertos que tuvieron los ánimos, muy altos..., hasta que alguien les aniquiló. Al menos, si muero, quiero morir con plena conciencia de lo que ocurre, no lleno de una trágica confianza...

Se alejó con paso lento. Von Mulder se encogió de hombros, contrariado.

—Es una estupidez — comentó abruptamente—. Si uno tiene que morir... ¿qué más da hacerlo de una manera que de otra?

Se encaminó lentamente hacia el lugar de las excavaciones, mientras Lawson empezaba a volver en sí, y los demás se dispersaban, de regreso a sus labores, una vez terminado el incidente.

Antes de alejarse, von Mulder se volvió a la atemorizada Saadi Mussek, y le preguntó:

— ¿Cómo, está Kareen Marlow? ¿Va recuperándose del nuevo “shock” producido por aquel horrible hallazgo de anoche?

Saadi se estremeció, llena de terror.

—Sí... Está muy .mejorada, profesor von Mulder. Si Alá quisiera que no sucedieran nuevos horrores...

—No sucederán, muchacha — rio von Mulder — La maldición de “Zorn”, de Tanak VI o de como quiera llamarse ese fantoche del sarcófago, no nos puede alcanzar a nadie más. Ahora está a buen recaudo. Ese arcón de acero blindado y cerradura electrónica, sumergido en los tanques de aire líquido, es totalmente hermético e irrompible. Y aunque tuviera la fuerza de cien titanes y pudiera romperlo, se sumergiría en un baño de aire líquido, capaz de disolverle y convertirle en hielo puro, en menos de diez segundos.

Se alejó, con una nueva risa, y Saadi se sintió más segura. Realmente, parecían haberse tomado todas las medidas contra “Zorn”, el invasor de la Andrómeda llegado cuatro mil años atrás a la Tierra.

Pero..., ¿no ocurrió algo parecido entonces, cuando Amenhet, el perverso primer ministro, le sepultó vivo... y después de cuarenta siglos había vuelto a la vida el horrendo ente llegado de los espacios exteriores, a un millón de años luz?

Saádi tembló de nuevo, pese a la confianza que le inspirara von Mulder poco antes. Mientras “Zorn” estuviera cerca de ellos, fuese en la forma que fuese, la amenaza existiría.

El terror era el amo y señor del campamento arqueológico. Eso, nadie podía evitarlo. Ni siquiera el anuncio de que en breve estaría allí un agente especial de la SIP...

* * *

Curd Von Mulder se enjugó el sudor de su frente. Era duro el trabajo en aquella parte de las excavaciones. Y estaba totalmente solo, porque los demás eran más necesarios, cuidando de explorar las galerías sur de la gran pirámide de Tanak VI, en busca de nuevos hallazgos de valor para el museo.

Él había elegido voluntariamente aquel sector. Era fuerte, muy fuerte, y capaz por sí solo de resolver la cuestión. Se trataba de horadar la pared norte de la pirámide, para enlazar con la cripta y las antecámaras. Por aquel lado era posible que también se hallaran cosas de gran valor. Si no puramente material, sí histórico y etnológico, que era lo que más importaba a Von Mulder. Después de todo, su fortuna era demasiado grande para ambicionar bienes materiales. Jamás había sido ambicioso, y no sentía tentaciones de dinero. El suyo, no podría gastarlo, él, ni sus hijos, si algún día llegaban éstos, de su matrimonio con Sheila.

Depositó el perforador junto a sí, cerrando el resorte de funcionamiento. Se sentó en las rocas, extrayendo un pañuelo, con el que enjugó el sudor de su rostro.

Hacía calor allí, a pesar de la acción a gran distancia de los termofríos funcionando desde el gran tanque de aire líquido donde había hecho sumergir la caja de acero blindado, con cerraduras de durofer, el nuevo metal irrompible de las minas marcianas, en cuyo interior iba la momia, ambulante, el ridículo ser interplanetario que la noche antes destrozase a Alí Bahara, en forma tan horrible.

Von. Mulder era escéptico en muchas cosas, pero el horror de la noche pasada no podía apartarse de su mente. Ningún ser humano puede destrozarse de tal modo a un hombre. Y nadie había podido penetrar en el almacén para robar la momia.

Por fantástico e inaudito que pareciese... era Tanak, VI, el increíble “Zorn” llegado del espacio, quien cometió la vengativa

acción, cuatro mil años después de morir.

Se pasó unos dedos nerviosos por la frente empapada de sudor, bajo el crudo sol egipcio. Parecía una grotesca historia imaginada por un escritor demente. Una momia..., una momia que uno podía trasladar fácilmente, con escaso peso, con el cuerpo embalsamado, reducido a una seca imitación del ser humano que fuera en otros tiempos, ¡matando en forma terrible a los hombres!

Recordó que el cuerpo de Tanak VI no estaba momificado realmente. No presentó señales de embalsamamiento, a los análisis espectrográficos de los arqueólogos. ¿Cómo, pues, permaneció incorrupto?

El misterio lo explicaba el horrendo testamento de Tanak VI, en su cámara de muerte, mientras se le extinguía el aire: “Si vosotros, los que leáis esto, halláis mi cuerpo incorrupto... sabréis la verdad...”.

Todo coincidía. Absolutamente todo..., pese a lo increíble que resultara.

El posterior examen de la momia, tras hallarla Kareen Marlow en su tienda, no reveló nada. Parecía realmente haber cambiado. Tenía las plantas de sus pies, sucias de arena y polvo..., los dedos cubiertos de vendajes, empapados de sangre. No había dudas. El fantasma del remoto pasado, cobraba vida. Era una vida fragmentada, algo así, tal vez, como la que se atribuía a los vetustos vampiros. De súbito, volvía el letargo. Y con él, el retorno a su momificación...

La sombra de otra persona se proyectó sobre la arena, avanzando hacia él. Von Mulder suspiró, volviendo a limpiarse el sudor, y empezó a incorporarse.

— ¿Qué ocurre? ¿Alguna novedad? — preguntó, sin mirar aún a quien se aproximaba.

No le contestaron. El otro siguió moviéndose, sin hacer ruido. Von Mulder, intrigado, levantó la cabeza. Seguramente sería Sheila o el profesor Chenal...

Una sacudida de horror infinito estremeció al profesor austríaco. Sus ojos, dilatados por el espanto, se fijaron en el ser de pesadilla que aparecía ante él.

— ¡Nooo!—aulló—. ¡No es posible...! ¡No puede ser cierto!

La horrible forma se movía, se movía siempre, en dirección a él.

Aquel cuerpo de color grisáceo, amorfo y viscoso, aquella figura de la que pendían jirones de vendajes, como vestiduras de un alucinante mundo de espectros...

“¡Era el cuerpo de la momia de Tanak VI! ¡“Zorn”, el invasor cósmico!”

Los gritos se prolongaron durante unos segundos más,

Cuando acudieron los miembros del campamento arqueológico hasta la zona norte de la gigantesca pirámide, no era mucho lo que quedaba de Curd Von Mulder, jefe de la expedición.

Era como si la propia pirámide o una mole similar, le hubiera aniquilado. Yacía aplastado, en una zanja junto al muro inclinado y triangular del monumento funerario.

Su cabeza, su cuerpo todo, era un amasijo informe. Tenía triturados sus huesos y tendones, aplastado el cráneo, chafado el rostro. Todo él sobre un charco de sangre que empapaba la arena del desierto.

Muerto, aniquilado... Y junto a él, sobre la arena, unos caracteres jeroglíficos egipcios trazados por alguien...

Ferhat Bey fue el primero en advertirlos. Gritó vivamente a los demás:

— ¡Cuidado, no pisen eso! ¡El asesino de von Mulder ha dejado algo escrito!

Inmediatamente, se volvió, al oír un grito lacerante, estremecedor. Llegó justamente a tiempo de recoger en sus brazos a Sheila von Mulder. Se había desvanecido.

—Dios mío... — susurró, lívido de miedo, Rusty Lawson— ¿Adónde vamos a parar? ¡Dos crímenes en unas horas... y la momia siempre desaparece!

—No ha podido ser la momia — aseguró fríamente Stuart Craig, cruzando entre todos para acercarse al muerto —. Está sepultada en el tanque de aire líquido. De allí no sale nadie...

—Me gustaría comprobarlo — dijo, como un murmullo dramático, la voz ronca del profesor Pierre Chenal.

Craig le miró con cierta ira. Luego, dio media vuelta hacia el campamento. Le siguieron algunos. Entre ellos, Lawson, Arnold Worth, y otros trabajadores egipcios.

Alcanzaron el vehículo sobre el que se alzaban los dos tanques metálicos gemelos, en cuyo interior se almacenaba el aire líquido. Chenal, que había dejado a Sheila von Mulder en manos de otros hombres del campamento, se acercaba a la carrera a ellos.

Lawson se apresuró a vaciar en el tanque gemelo inmediato, todo el aire líquido contenido en el que guardaba la caja de acero blindado, poniendo en funcionamiento a su máxima presión la válvula de salida.

Una vez realizada la operación, solicitó una máscara y unos

guantes especiales, encaramándose sobre el tanque. Levantó, ya arriba de la pieza cilíndrica, más ancha que alta, la tapa de seguridad y la siguiente. Del interior, brotó una vaharada de hielo gaseoso. Lawson se estremeció, pero siguió adelante. Penetró valerosamente en su Interior. Los demás compañeros, le vieron desaparecer en el interior del tanque.

— ¡Tenga cuidado!—le avisó Chenal—. ¡La caja es muy pesada y le costará extraerla, Lawson!

A pesar de que el joven británico era muy atlético, evidentemente no fue cosa fácil cargar con el artefacto. Tras casi un par de minutos de forcejeo allá dentro, reapareció, con una caja alargada, de acero brillante y durísimo, con las cerraduras herméticas de durofer, totalmente irrompibles desde dentro.

Respiraron algunos al advertir el estado en que se hallaba la caja. Lawson la depositó, jadeando, sobre la arena, al pie del vehículo-tanque. Luego, hubo de sentarse para reposar del pesado esfuerzo realizado.

—Parece que no se ha tocado — dijo entrecortadamente—, Por esta vez, la momia no sé cómo ha realizado su crimen..., a no ser que pueda cometerlo a distancia...

Chenal no contestó. El viejo sabio francés se inclinó sobre la caja. Examinó los cierres, comentando Craig con tono desabrido:

—Podría haber salido de ahí... y vuelto a cerrar.

— ¿En medio de una masa de aire líquido? — rio Lawson—. No, es muy probable, ¿no cree?

Craig se encogió de hombros, sin querer discutir con Lawson. Chenal procedía ya a abrir el envoltorio de acero. Algunos miembros de la expedición se apresuraron a rodearlo, empuñando sus armas de fuego, bien fuesen térmicas, bien explosivas o desintegrantes.

Chenal, en forma dramática, soltó el último de los pestillos. Luego, alzó la tapa. Los rostros se inclinaron ávidamente sobre el recipiente de acero.

No había nada. Absolutamente nada.

La momia había vuelto a desaparecer. A pesar de la caja de acero. A pesar del aire líquido...

CAPÍTULO V

PAUL MARTIN



ESULTA sorprendente. ¿Todas las mujeres están aquí en cama?

—Queda en pie Saadi Musseck, esa joven egipcia. Pero es realmente un milagro que no la hayamos tenido que asistir también a ella...

Paul Martin asintió a la explicación de Pierre Chenal. Luego, estudió con aire perplejo el campamento de tiendas plásticas, la mole de la pirámide, las arenosas dunas y el cielo azul, brillante, que oscurecía con la noche.

—Habida cuenta de las circunstancias, ciertamente es raro que una mujer lo soporte en pie...

—Lo raro es que lo soportemos todos, y no nos hayamos marchado ya de aquí, lo más lejos posible de este desierto, de la pirámide de Tanak VI, y de todo lo demás.

—Si realmente ese Faraón no era tal, sino un “extraño”, un “invasor” de otro planeta, tendremos que suponer que su venganza llegará a todas partes..., por lejos que se hallen de él.

Chenal tragó, saliva. Luego, asintió con la cabeza.

—Imagino que sí. Ahora, esa momia anda suelta. Lo hemos registrado todo, por si se ocultó en alguna parte. No ha aparecido más. Esta vez, su fuga fue definitiva.

—Desapareció de ahí — Paul contempló, pensativo, los dos tanques de aire líquido—. A pesar de la doble barrera insalvable que parecía separarle de ustedes, del mundo al que tanto odiaba...

—Si, a pesar de todo...

— ¿Sigue vacío el tanque de donde se eclipsó tan asombrosamente?

—No. Hemos vuelto a llenarlo de aire líquido. La caja es aquella —señaló Chenal— el recipiente de acero, arrinconado junto al vehículo—. Ya no serviría de nada meterla en el tanque. Ha perdido su finalidad.

—Sí, claro...—Paúl Martin reflexionó. Luego, sus ojos se clavaron en Chenal—. No soy un experto en egiptología, ciertamente. Pero algo sé. Espero me relate todo con detalle, me muestre el papiro y los demás elementos del caso, y resuelva en consecuencia. Después, veremos si es pertinente dar orden general a la SIP, para que busquen esa momia fantástica.

—Es una medida sensata, señor Martin — aceptó su compatriota—. Venga conmigo. Le mostraré absolutamente todo...

* * *

Paul aspiró el humo de su cigarrillo. Luego, lo expelió en dos hileras por su nariz, mientras alzaba los ojos hacia Pierre Chenal.

El caso estaba completo. Sólo faltaba esclarecer algo. Y lo hizo:

— ¿Qué era lo que apareció grabado en la arena, junto al infortunado von Mulder?

—La repetición de ciertos jeroglíficos contenidos en este papiro...

— ¿Cuáles, exactamente?

—Ferhat Bey los ha traducido hace poco: Exactamente éstos: “Yo, Zorn, os advierto: ¡Vais a morir todos! Y luego mis hermanos de Andrómeda, llegarán por millones a la Tierra, para dominarla.”

Paul no dijo nada. Trataba de ordenar sus pensamientos. Jamás se había encontrado con un caso tan asombroso. Estaba seguro de que ningún agente de la SIP se enfrentó hasta entonces con algo semejante.

—Ustedes son hombres inteligentes y de gran preparación cultural — observó lentamente Martin, tras una pausa meditativa—. Han visto los dos cuerpos, han podido examinar a fondo sus restos, tras los crímenes. Yo lo haré ahora con Von Mulder, puesto que ya sepultaron a Alí Bahara. Pero antes quisiera tener su opinión personal. ¿Qué es lo que, en su concepto, ha provocado las muertes, ese destrozo terrible que me ha citado antes?

Pierre Chenal se frotó la barbilla, mientras estudiaba al agente especial de la SIP, desplazado al campamento egiptológico, acudiendo a la llamada de los Von Mulder,

—Verá. No es cosa sencilla de referir, créame. El profesor Stuart Craig tiene ciertos conocimientos médicos, y un hermano que es doctor y cirujano. Examinó a Alí Bahara. Ahora lo ha hecho más detenidamente con Curd von Mulder. El resultado es idéntico, y sorprendente en ambos casos.

—Oigámoslo, de boca del propio Craig. ¿Quiere acompañarme, profesor?

— Claro. Encantado, Martin...

* * *

Stuart Craig refirió con su voz clara, concisa y grave:

—En ambos crímenes, señor Martin, la víctima murió virtualmente aplastada. Pero con un aplastamiento extraño, que no deja Mellas en la carne, y sí en cambio en los huesos, totalmente triturados, astillados, por duros que sean. Igual suerte corren los tendones, nervios y vísceras, resultando un derrame absoluto del interior del hombre dañado, con la muerte inmediata.

—Una muerte increíble por cierto, ¿no?

— Totalmente increíble. Es como si hubiesen caído sobre ellos cien, toneladas de piedra, pero sin provocar golpes ni violencias en la piel. No puedo imaginarme a una momia, por interplanetaria que sea, golpeando a un ser viviente y causándole tal destrozo.

—Mucho menos podríamos imaginar en tal caso a un ser humano, como cualquiera de nosotros, logrando tal cosa, ¿no cree? — sugirió con calma Paul.

—Desde luego — se vio obligado a admitir Craig.

—Bien. Ahora veré a Von Mulder. Por Dios que daría algo por saber la forma en que fueron atacados ambos.

—Yo también. Y creo que todos nosotros. Señor Martin, con sinceridad, ¿usted cree que éste es un caso para la SIP?

—Si se trata de una serie de asesinatos, no importa quién sea su autor ni de qué planeta llegue, es caso para la SIP, señor Craig.

—Creo que me he expresado mal. Sé que, sobre todo, procediendo del espacio, no puede dudarse de que les pertenece por jurisdicción legal. No era a eso a lo que me refería, sino a algo que nos preocupa hondamente a todos.

— ¿Qué es ello, profesor?

—La SIP..., usted o sus compañeros..., ¿podrán, salvar nuestras vidas, destruir a ese ser que parece inmortal e invencible?

Paul Martin no contestó en seguida. Con los ojos clavados en su interlocutor, permaneció unos segundos estudiándole a fondo.

Por fin, echó a andar con Chenal, hacia el exterior. Y dijo, casi por encima de su hombro:

—Nosotros no podemos garantizar eso, profesor Craig. Somos humanos, no superhombres. Mientras exista una sola posibilidad de lograrlo, nosotros defenderemos sus vidas y capturaremos al criminal.

Pero todavía ignoro, incluso, qué clase de enemigo tenemos

enfrente. Es pronto para hablar aún... Sepa, sin embargo, que la SIP nunca cesa en su empeño. Si ese monstruo pretérito, llegado de Andrómeda, es vulnerable ¡la SIP vencerá!

— ¿Y... si fuese realmente invulnerable? — sugirió Craig.

— Entonces... que Dios nos proteja a todos, profesor.

* * *

Las dos mujeres se habían acostado en una misma tienda. Frente a Kareen Marlow, ya casi totalmente recuperada, se hallaba ahora Sheila von Mulder, todavía bajo los efectos de su terrible shock de aquel mediodía.

Paul Martin habló ampliamente con Kareen Marlow la cual describió con todo detalle lo sucedido la noche anterior, El agente de la SIP la escuchó con una sonrisa afable, y terminada la charla, trató de entablar alguna con Sheila von Mulder. Chenal examinó a la enferma y le hizo notar que podía hacerlo, pero muy brevemente, para no complicar más su estado.

—Seré breve—asintió Paul.

Se sentó en el borde del lecho de Sheila. Sonrió con simpatía a la viuda.

Ella le contempló vagamente, como si estuviera a mil millas de distancia de allí.

—Señora Von Mulder — continuó Paul —, perdone la moleste en estas circunstancias, pero quiero poner en claro todo esto, y enviar en seguida mi informe a la SIP.

— Bien. Puede preguntar, señor — aceptó ella suavemente —. Procuraré ayudarle, aunque mucho me temo que no le sirva de gran cosa...

—Todo puede servir de algo, cuando se hace acopio de datos. Aquí; señora Von Mulder, no existen más que dos misterios: saber cómo mata ese “Zorn” a sus víctimas..., y dónde se oculta. Sobre su poder, parecen no existir dudas ya. Es un superhombre, un ser sobrenatural, capaz de lograr cosas que nosotros nos aturden y nos desconciertan.

— Dios mío... Me sonaba tan fantástica esa historia del “extraño”, del invasor interplanetario...

— Y a mí, señora. Pero ahora ya no caben dudas. “Zorn” es una realidad Su ser, posiblemente, no muere nunca del todo. Y la ausencia de oxígeno provocó en él un estado de inconsciencia o de catalepsia, que se prolongó durante cuarenta siglos. Igual pudieron haber sido cien o quinientos. La falta de vida le disecó virtualmente,

pero sin destruir su existencia. Y luego, al contacto con el aire, con la atmósfera y la luz, como él preveía en su propio mensaje final, le volvieron a la vida. Ahora es una especie de monstruo, una alimaña pavorosamente fuerte, a quien hay que matar, a la que es preciso destruir, si existe medio humano de hacerlo.

— Si existe medio humano de hacerlo... —repitió sordamente Sheila, con gesto de dolorosa amargura—. ¿Se da usted cuenta de esa terrible suposición? ¿De lo que puede suponer?

—Claro que me doy cuenta, señora Von Mulder—. asintió sombríamente Paul— Es debatirse en un mar de incógnitas, de temores y de recelos. Todo puede terminar trágicamente, sin posible solución de triunfo para los humanos..., si “Zorn” es positivamente un superdotado que carece de punto débil. Incluso la sepultura en vida, dentro de un encierro que todo su poder no era capaz de perforar, no ha senado más que para demorar cuarenta siglos lo inevitable.

— Y si él triunfa..., sus hermanos de Andrómeda acudirán. ¡Será el fin de la raza humana!

—Ciertamente. Será el fin de la raza humana—suspiró Paul Martin—. Y si toda la fuerza del SIP no lo impide..., nadie lo impedirá, desengañese.

—Dios mío... ¡Dios mío!...

— ¿Fue su esposo el primero en pisar la cripta de la pirámide el día que hallaron el templo funerario de Tanak VI?

—Sí. Se adelantó a todos, con un grito de júbilo.

Y también fue el primero en tocar el sarcófago, en levantar su tapa...

—Lo imaginaba.

— ¿Por qué pregunta eso?

—Quería saber quién fue la primera persona a quien el Faraón “vio” en su ancestral refugio de muerte...

—Oh, dicho así..., suena horriblemente.

—Más horrible suena lo que está sucediendo aquí ahora.—Paul hizo una pausa, se inclinó sobre Sheila y añadió—: Usted ha dicho que él, su marido, alzó la tapa del sarcófago. Eso quiere decir que Tanak VI, o “Zorn”... “estaba en su caja”.

—Sí, claro...

—A pesar de que lo sepultaron vivo y luego escribió la coletilla final al papiro... estaba en el sarcófago, Eso quiere decir que cuando se sintió morir “pudo meterse en el ataúd”.

—Pero la tapa estaba encajada, cerrada “por fuera...”

Paul sonrió, incorporándose.

—Justamente, señora Von Mulder. Ya entonces. “Zorn” demostró palpablemente a las generaciones venideras, aquellas que dieran con él, que “podía abrir y cerrar” los más complicados resorte; y recipientes, desde fuera o dentro, de una manera indistinta.

— ¡Cielos..., no había pensado en ello! —susurró, muy pálida, Sheila von Mulder.

— Ya lo veo. Usted acompañaba a Von Mulder en la entrada a la cripta, ¿no es cierto?

—Sí... Entramos él y yo los primeros. Luego los demás. Chenal, Lawson, Craig... Pero ya Curd había abierto la caja, para contemplar la momia... y la mostró jubilosamente a todos...

—Bien, señora. Creo que eso es todo. Gracias por sus informes.

— ¿Ha sacado algo en limpio de ellos, señor Martin?

—Si. Especialmente dos cosas: que “Zorn” es capaz de hacerlo todo, sin importarle la distancia. Empiezo a sentir miedo hacia un ser semejante.

— ¿Y... la otra?

—Que los primeros a quienes ha matado “Zorn” al volver a la vida han sido, precisamente, el primer hombre que leyó su papiro... y el primero a quien contempló en la cripta, después de cuatro mil años de esperar...

Inclinóse ante Sheila von Mulder, cuyos labios temblaron de horror, y abandonó la tienda de las mujeres.

Kareen Marlow, desde su lecho, había oído todo aquello, también afectada por la terrible y siniestra expresión de los temores del agente, de la SIP.

Paul Martin no aceptaba incrédulamente su relato. Por el contrario, acababa de dar su veredicto. Que era como decir el veredicto oficial de la SIP sobre los crímenes y horrores del campamento de los arqueólogos.

“Zorn” existía realmente. “Zorn” fue un “extraño”, llegado de otro planeta. Y “Zorn”, el fabuloso ser invencible, el monstruoso asesino todo crueldad y Odio hacia los humanos, había vuelto a la vida, después de cuarenta siglos de encierro.

“Zorn”, en definitiva, no era solamente una amenaza pavorosa suspendida sobre el puñado de aterrorizados arqueólogos. Era también el terror aniquilador que se cernía sobre la Tierra entera, sobre la especie humana...

Jamás el SIP había parecido tan débil, pese a su enorme fortaleza y organización, que enfrentándose a un adversario de aquella

fantástica especie...

CAPÍTULO VI

¡ORDEN DE BATALLA!



ONALD CALLOWAN pegó un respingo en su asiento. Rápido, se abalanzó sobre el dictáfono interior de su oficina. Gritó las órdenes abruptamente:

— ¡Oiga! ¡Orden general a todas las secciones aéreas, espaciales y a las patrullas terrestres y navales de Oriente Medio! ¡Toda la SIP en pie de guerra! ¡Hay que dar caza, vivo o muerto, a “Zorn”! ¡Un invasor interplanetario, con la apariencia de una momia egipcia, “vive y se oculta entre nosotros, dispuesto a destruir la especie humana”! ¡Atáquenla con toda clase de armas! ¡Es posiblemente invulnerable a todo armamento ordinario! ¡Utilicen cargas atómicas y proyectiles de hidrógeno y cobalto ¡ataque sin cuartel! ¡Óiganlo bien! “¡Sin cuartel..., guerra a *Zorn*”.

Jadeante, se dejó caer en su asiento. Luego cerró el parlour, volvió a releer el telecable estrictamente secreto recibido desde el Cairo. Lo firmaba Paul Martin, agente especial del SIP.

Pasaron sus ojos por la primera parte del mensaje recibido. Luego se detuvieron en el párrafo final una vez terminada el relato e impresiones personales de Martin sobre lo sucedido.

Era el más interesante ahora era para el jefe supremo del SIP. Allí mencionaba Peal:

“... Ahora, terminadas las investigaciones arqueológicas y asustada la expedición, se inicia el regreso a Europa. Voy con ellos. Partimos hacia Londres

en un Intercontinental especial, fletado por la señora Von Mulder, que suple a su difunto esposo en la dirección y control del grupo. En Londres rendiremos viaje, partiendo cada uno hacia su residencia habitual, esperemos que “Zorn” no descargue otro golpe. Estaré alerta. Saludos. — *Paul Martin*”

Donald Callowan suspiró. “Es terrible todo lo sucedido”, reflexionó para sí. Ahora no vería jamás al bueno da Curd Solamente Sheila, su joven esposa, acudiría a saludarle..., si “Zorn” no la atacaba ahora a ella. No se podía olvidar algo significativo; ella fue la segunda en pisar la cripta, tras los pasos de su marido, cuando el infortunado hallazgo de Tanak VI, el Faraón “extraño”, el “invasor” que llegó a la Tierra en una nave del espacio, miles de años atrás.

Callowan se mesó los cabellos. Era fantástico todo aquello. Hoy en día surcar el espacio carecía ya de auténtico sentido de fantasía. Los hombres dominaban ya los cielos, hasta planetas tan lejanos como Júpiter, al que últimamente iban llegando naves experimentales de la Tierra, preparando el momento de que el hombre pisara al gigante del Sistema Solar.

Pero eso era en el año 2000 y no mil setecientos antes de Jesucristo. Y aun ahora imaginarse el vuelo de una nave desde la Nebulosa de Andrómeda, a un millón de años luz de la Tierra, seguía siendo un sueño inaccesible, solamente aprovechado por los escritores de anticipación. El hombre aún no había salvado la barrera de la velocidad lumínica. Y cuatro mil años antes unos seres de Andrómeda no sólo la habían salvado, sino centuplicado además.

Apenas podía concebirse.

De la noche infinita de los tiempos había llegado el conocimiento de una verdad asombrosa. Pero también, junto con ello, una serie de sangrientos crímenes, una venganza remota y alucinante..., que parecía el principio de un ataque diabólico a la Tierra.

Donald Callowan juró entre dientes, contemplando su cigarro puro con ira. El tabaco le sabía a demonios cuando un problema tan serio y difícil se hallaba en el aire, Y no sólo el prestigio del SIP, sino las vidas humanas, pendientes de aquel problema.

“¡Que el infierno me lleve si vuelvo a tragar un veneno de éstos, mientras no entre aquí Paul Martin a decirme que ese maldito “Zorn” ha pasado a mejor vida!”, rezongó, aplastando el cigarro como una col en el cenicero de vidrio.

Luego, irritado consigo mismo, se puso en pie, cogió su chaqueta de un colgador, y salió violentamente de la oficina.

Entretanto, la orden de emergencia se difundía ya por todos los

sistemas de propagación de la SIP, sin que trascendiera a la calle, para no provocar el pánico de las gentes, y se iniciaba la batalla sorda, feroz y despiadada de toda la colosal maquinaria de la SIP, contra la no menos colosal fuerza de su enemigo, el enigmático “Zorn”, llegado de otros espacios, más allá de donde jamás el hombre podría llegar en sus afanes de conquista y descubrimiento...

* * *

Paul Martin echó una ojeada a sus pies, al mar Mediterráneo, que se extendía suavemente bajo el veloz Intercontinental fletado en El Ca4ro por Sheila Von Mulder.

El viaje se desarrollaba sin incidentes. Egipto, el desierto y la terrible, siniestra vecindad de la pirámide de Tanak VI quedaban muy atrás. Como una pesadilla tremenda de la que hubieran logrado despertar.

Sin embargo, Paul advertía en todos los compañeros de travesía el temblor sigiloso, el escalofrío repentino de un miedo constante, que era su otro compañero de viaje, inseparable y molesto.

Sabían que con el alejamiento de Egipto no quedaba atrás la siniestra maldición que portaba la muerte. Sabían que en cualquier parte podía acechar la Parca, en cualquier sitio estar agazapado el poder maligno de “Zorn”, para abatirse sobre otro de los que le ayudaron a volver a la vida..., para destrozarle y triturar su ser, igual que antes les ocurrió a Alí Bahara y a Curd von Mulder.

El cadáver del austríaco viajaba también con ellos. En una cámara posterior, debidamente embalsamado, Sheila regresaba con él a Austria. Paul encontró muy lógica y comprensible esa decisión.

— ¿En qué piensa, señor Martin?

Paul salió de su abstracción al ser preguntado. Miró de soslayo a la persona que ocupaba el asiento de al lado, compartiendo con él aquel departamento del Intercontinental.

Era una muchacha. Y muy bonita por cierto.

—Señorita Marlow — sonrió con simpatía —. Si le dijera en lo que pienso, posiblemente no pasaría muy divertido el viaje. Vale más dejar mis pensamientos encerraditos en la mente. Así, solamente los sufro y comparto yo.

— ¿Se cree que yo no padezco, a pesar de que no me diga lo que piensa? — suspiró Kareen Marlow. Entrelazó sus manos, algo nerviosamente —. Lo que ha sucedido es demasiado espantoso... ¡Y ha tenido que sucedernos a nosotros, precisamente a nosotros!

—Alguien había de vivir esa tragedia. Pudieron haber pasado mil

años más, ciertamente. Pero el destino quiso que fueran ustedes. Nada puede hacerse frente a tales designios superiores. Los seres humanos entonces somos simples marionetas. Mueven nuestros hilos y... ¡zas! De repente, nos sueltan en medio de un caos como éste.

—Un caos que nadie puede resolver, ¿verdad?

Paul respiró profundamente e inclinó la cabeza al responder:

—Estamos intentando hacerlo. No sé el éxito que podremos tener. Pero le aseguro que lucharemos desesperadamente por derrotar a “Zorn”.

Ella se estremeció. El recuerdo de algo abominable acudió a sus pupilas pardas, hermosas y expresivas, dilatándolas con el terror.

—Dios mío, cada vez que recuerdo lo de aquella noche... ¡Pensar que aquello, tan rígido y tan insignificante al parecer, pudo haberme destruido también a mí! ¡Pensar que un simple cuerpo encartonado y gris, tal como lo vi en nuestra tienda al entrar, puede poseer un poder tan gigantesco, tan terrible y destructor!

—Sí, a veces nos llevamos grandes sorpresas, señorita Marlow —asintió Paul lentamente. La miró con interés—. ¿Usted es norteamericana tal vez?

—Canadiense. ¿Por qué lo pregunta?—se sorprendió ella.

—Oh, por nada—. Paul sonrió, agitando una mano despreocupadamente—. No crea que por ser agente del SIP todo lo que pregunto ha de ser profesional. También soy humano.

—Y “francés”— citó ella con cierta ironía.

— ¿Qué quiere decir con eso de francés?

—Mujeriego y malicioso—rio Kareen—. Si me habla de amor, no le haré caso, ya está, advertido,

— ¿Quién ha hablado de amor? — Paul meneó negativamente la cabeza—. No, mi querida señorita Marlow, no soy como la gran mayoría de mis compatriotas. Lo cierto es que no tengo novia, no me he declarado jamás a ninguna chica, ni he pensado formalmente en nada amoroso. Puede decir que soy un “lobo solitario”.

—Bueno, “lobo solitario”... — ella rio de buena gana. Parecía totalmente despreocupada, al menos de momento, de la trágica pesadilla latente—. ¿Espera que esa penosa soledad me haga compadecerle?

—No espero nada — negó Paul Martin—. Solamente quiero advertirla que está segura a mi lado. Buenos amigos..., y nada más.

—Muy bien. Amigos — ella suspiró, mirando hacia el exterior —. Pero ¿por cuánto tiempo? Creo que pronto llegaremos a nuestro destino...

—Hacemos un alto en el Espaciódromo de Roma,

Y de allí, tras la breve escala, saldremos directamente hacia Londres. En Londres nos separaremos, naturalmente.

— ¿Y quién cuidará de nosotros entonces? Si la SIP nos deja a merced de...

—La SIP no abandonará a nadie. Seré yo quien les deje.

Ella preguntó:

— ¿Solamente ha venido a Egipto para eso?

—Verá. Yo estaba en Argelia. Mi jefe me encargó que pasara por Egipto, para investigar el caso de ustedes y tratar de protegerles. Él creía que era un caso vulgar, no una cosa así. Cumplí las órdenes. Pero, la muerte de Von Mulder ha terminado radicalmente la expedición y ahora no tenía objeto seguir allí. Tampoco tiene objeto que yo me cuide del caso a partir de aquí...

— ¿Otro agente le suplirá, señor Martin?

—Sí, señorita Marlow. Un agente que vigilará a cada uno de ustedes, tratando de impedir cualquier agresión, cualquier peligro...

Ella preguntó

— ¿Será eficaz esa medida, ante “algo” como “Zorn”?

Paul se encogió de hombros, realmente preocupado. Luego confesó:

—Sinceramente... no lo sé. Ya le digo que hacemos cuanto podemos. Somos hombres, no seres de Andrómeda como “Zorn”. Tenemos un límite.

—Y “él” no. Ahí está la diferencia... — musitó Kareen,' estremeciéndose.

Paul no dijo nada. El vuelo continuaba. Delante de ellos, Sheila von Mulder se hacía acompañar del viejo Pierre Chenal, que iba prodigándole consuelos serenos.

En los asientos de enfrente, al otro lado del pasillo de la nave intercontinental del espació, Craig y Lawson compartían los asientos contiguos. Paul comentó burlón, refiriéndose a ellos, y conocedor de los incidentes ocurridos entre ambos anteriormente:

—El peligro une a los hombres y lima asperezas personales. Veá qué hermoso ejemplo de solidaridad, señorita Marlow...

Ella rio, sin comentar nada.

Más allá eran Ferhat Bey y Arnold Worth, Saadi Mussek y otros colaboradores egipcios quienes formaban los grupos de viajeros de la nave a reacción nuclear.

Fue Rusty Lawson, el adonis rubio, quien comentó poco después:

—Faltan diez minutos para llegar a Roma...

Craig asintió, con una profunda inspiración, y apostilló:

—Me gustaría que faltara lo mismo para arribar a Londres.

—Creí que no le agradaba Inglaterra, Craig— Cosa rara, no era Lawson quien hacía la observación, sino Ferhat Bey, volviéndose burlonamente.

— Ahora, en este momento, me gustaría cualquier sitio... lejos de Egipto, Bey.

Ferhat, que se dirigía junto con Saadi Mussek a la Central de Investigaciones de Londres, aprovechando el viaje de la expedición, replicó al americano:

— ¿Cree que por lejos que estemos... se podrá escapar a la amenaza? No parece ser cuestión de distancias...

— Tonterías—replicó Craig, siempre tajante—. Esa maldita momia podrá hacer muchas cosas. Pero en modo alguno viajar por ahí como un turista cualquiera, desplazarse, cruzando los cielos. Recuerden que su nave, la que le trajo desde Andrómeda, desapareció hace cuatro mil años. ¿Cómo va a poder salir de Egipto, por tanto?

Paul Martin no comentaba nada a toda esa charla. Pero tuvo que hacerlo al volverse a él Lawson y preguntarle con cierta rudeza:

—Oiga, usted, hombre de la SIP, ¿qué clase de actividades van a desarrollar ustedes ahora, para localizar y destruir a ese espantajo del otro mundo?

Paul Martin le estudió fríamente. Los ojos profundos del joven agente especial se hincaron de tal modo en el insolente muchacho, que la verde mirada de Rusty Lawson apartóse con viveza por fin.

—Si “Zorn” se deja ver, será destruido — informó escuetamente—. Y si se oculta, será localizado.

— ¿Cómo? —quiso saber Sheila von Mulder, hablando por primera vez. Se incorporó en su asiento, giró la rubia cabeza, y clavó sus celestes pupilas en Paul —. ¿Cómo podrán localizar al asesino de Curd?

—Hay detectores especiales. “Zorn” tiene algo que no es humano. Ha de tenerlo, forzosamente, para destruir así a sus víctimas. Poseemos sistemas de detección capaces de diferenciar a un hombre de una mujer, por simples ondas magnéticas. ¿Se imagina lo que harán esas ondas, cuando choquen con un cuerpo disecado e inhumano, como es en realidad el de “Zorn”? Él adoptó la forma humana, metamorfoseándose hace cuatro mil años. Quizá su gran error sea el creer que ahora va a poder enfrentarse a la civilización del siglo veintiuno.

— ¿Olvida que ha cruzado un tanque de aire líquido sin sufrir el menor daño, y que ha salido de la “caja metálica y ¿el propio tanque, sin dejar rastro de su paso? — mencionó Craig—, Eso denota una indudable fuerza capaz de enfrentarse a muchas civilizaciones como la nuestra...

—Es posible, señores... —Paul sonrió enigmáticamente—. Pero a pesar de todo, yo tengo fe.

—Fe... ¿en qué? — inquirió ásperamente Rusty Lawson.

—En Dios... y en la SIP — fue la tajante réplica.

CAPÍTULO VII

¡“ZORN”!



L Intercontinental se posó suavemente sobre las aeropistas metálicas, centelleantes y circulares del gran Espaciódromo Interuniversal de Roma. Allí se posaban las naves planetarias que procedían de Marte y de la Luna, de Venus o de las Estaciones Espaciales terrestres, dispersas en órbitas propias en torno al planeta.

Infinidad de astronaves, circulares, esféricas o en forma de agudas agujas bruñidas, de diversos y fulgurantes colores, se posaban o partían del Espaciódromo romano, en tanto otras muchas sobrevolaban el lugar, amplísimo y de gran belleza, en un espectáculo soberbio, que hubiera llenado de estupor a pasadas generaciones.

Y allá abajo, a bastantes cientos de metros de distancia bajo las pistas metálicas, sustentadas por la red magnética espacial, la gran Roma, blanca y ultramoderna, cuajada de enormes torres como agujas de plata al cénit, de carreteras y aerovías, de diversos “niveles” para la circulación de vehículos y personas. Una ciudad de ensueño, un

producto fabuloso más, en el panorama urbano del año 2000..

Los viajeros abandonaron la nave. Se les informó por boca de Sheila Von Mulder, directora del viaje, de que dos horas después, una vez revisado el vehículo aéreo por los servicios de control de Roma, y renovadas las cargas nucleares de sus turborreactores, para evitar el recalentamiento excesivo de la nave, y su posible peligro de radiaciones, reanudarían el viaje, conforme a las disposiciones internacionales sobre astronaves de viajeros, ya fuesen privadas o públicas.

Paul Martin, con las manos en los bolsillos y la expresión calculadora, se alejó por la aeropista del Espaciódromo, en busca de una de las carreteras aéreas, por las que descendían suspendidos por carriles, los transportadores multiplazas hacia Roma-Ciudad, en busca de un rato de distracción hasta la reanudación del viaje hacia Londres.

No creía que sucediese nada ya a los viajeros del Intercontinental. Al menos, por ahora...

Ése fue su grande, su tremendo error.

Pero él no podía saberlo entonces,

Y cuando lo supo... era demasiado tarde para evitar la nueva hecatombe...

* * *

La hora y media pasó rápidamente en Roma. Paul visitó los lugares más bellos de la que fuera ciudad antigua, cuna del Cristianismo y orgullo de las viejas civilizaciones. Hoy Roma era también una cumbre de la era moderna, de los lugares fabulosos y ultramodernos, creados por el nuevo genio de la arquitectura y el urbanismo que, a partir de 1970, revolucionaron por completo la construcción, rompieron los viejos y carcomidos moldes, y crearon en menos de veinte años impresionantes urbes como aquélla.

Paul Martin regresó al Espaciódromo en uno de los aerocolgantes que, pendiendo por su sistema de rodillos de los carriles superiores, tendidos desde las pistas altísimas hasta la ciudad situada a sus pies, circulaban a vertiginosa velocidad en ambas direcciones.

Encontróse en el recinto exterior, ante la blanca muralla metálica de las aeropistas de donde partían las naves del espacio hacia sus distintos y lejanos rumbos, se encaminó a la rotulada “Pista Intercontinental”. En la entrada mostró su “ticket” de viaje, y el empleado se dispuso a marcarlo debidamente.

Estaba cayendo la noche sobre Roma. Era algo fascinante y prodigioso, asistir al anochecer en un lugar como aquél, verdadero

milagro de la civilización moderna.

Las estrellas parpadeaban, nítidas, en el azul oscuro. Abajo la ciudad empezaba a convertirse en una incandescente masa de luces, simétricas y fulgurantes que competían, casi ventajosamente, con los astros del firmamento.

Paul iba a cruzar el umbral de acceso a la pista, donde aguardaba, el “Intercontinental”, cuando sucedió todo.

Primero fue un grito terrible, lacerante. Un alarido de angustia, que perforó la noche con un trémolo estremecedor. Todas las fibras de Paul Martin se crisparon. Su cuerpo brincó, abalanzándose hacia el lugar de donde llegaba el grito.

¡La pista de despegue!

Pero no pudo llegar. Fue algo así como si una onda poderosa le golpease el cuerpo. Experimentó en todo su ser el impacto de algo inmaterial, invisible, de algo que no era sólido, pero que machacaba brutalmente, hasta casi destrozarle a uno.

Intuitivamente evocó el cadáver de Von Mulder, lo que mencionaron acerca de Alí Bahara. Y sintió la seguridad absoluta..., “comprendió,” en un fugaz segundo de lucidez tal que le salvó la vida..., que estaba “frente a Zorn” y su “terrible poder destructor”.

Saltó de costado como un titán, distendió sus músculos, doloridos por el impacto de aquella onda violenta, y sacando fuerzas de flaqueza de su cuerpo, entrenado para las más duras tareas, y de su mente, habituada a combatir las mayores influencias telepáticas y las más duras radiaciones mentales, rodó lejos, lo más lejos posible de lo que, a no dudar, era el foco central, mortífero, de la onda demoledora.

Mientras su cuerpo caía, sin dejar de sentir un dolor físico muy agudo, pero no tan lacerante como en el primer choque, vio “algo”... o “alguien” que corría.

“¡La momia!”

* * *

Por fin..., frente a frente ellos dos.

La momia, la macabra forma envuelta en vendajes rotos y podridos, de “Zorn”, el diabólico ser de Andrómeda... La última evidencia que cerraba el misterio...

“Zorn” corría hacia la salida. El empleado de la puerta se volvió al sentir los gritos, al ver caer a Paul. Llevó su mano al arma que exhibía en su cintura, como todos los funcionarios del Espaciódromo,

No logró nada. El grito de Paul, de angustiada advertencia, llegó tarde. Y además sonó muy ronco. Era tal el dolor físico que le invadía,

que sus cuerdas vocales no podían apenas trabajar, emitir sonidos, alzar la voz lo preciso para advertir del peligro de muerte al empleado.

El infortunado chocó rabiosamente con la extraña onda destructiva que emanaba da “Zorn”...

Y él no tuvo la habilidad, la fuerza ni el poder muscular y mental de Paul Martin, para eludir el impacto de muerte. Se convulsionó, rodó por tierra...

Paul, alucinado, descubrió el horror de aquel modo de morir frente a “Zorn”, el indestructible. No pudo moverse, no fue capaz de incorporarse o de intentar algo por evitar aquello. Era igual que ser soltado de unas ligaduras, tras diez meses de estar atado. Sus músculos estaban anquilosados, fatigados hasta un extremo inaudito.

Si “Zorn” se hubiese abalanzado ahora sobre él, Paul Martin hubiese muerto. Pero al parecer a la momia fugitiva, a la larga forma gris, de la que pendían fragmentos deshilachados de vendas podridas cientos, miles de años antes, no le preocupó su estado en aquel momento.

Mientras el funcionario del Espaciódromo parecía aplastarse en el suelo, desarticularse en una forma increíble, sin que nadie le tocara, quebrados sus huesos y sus músculos por el asombroso, terrible poder, y la sangre brotaba de su reventado interior por la boca, nariz y oídos, haciendo más pavorosa la escena, “Zorn” saltó sobre el moribundo, se dirigió hacia la puerta y desapareció por ella con la, celeridad de un pájaro monstruoso. Demasiado veloz para ser un espectro. Pero Paul sabía que “Zorn” no era un espectro, sino un ser resucitado, de facultades ingentes...

Paul tosió, se revolcó en tierra, pugnando por levantarse. Era igual que haber sufrido una paliza brutal durante varias horas. Tal era el poder de la extraña onda de aquel monstruo...

— ¡Cogedle!—logró articular al fin, avanzando tambaleante, extrayendo su pistola de rayos desintegrantes—. ¡Cogedle..., pero sin acercarse a él por delante! ¡Atacad por los lados o por la espalda...! ¡Ésos son sus puntos más vulnerables!

La alarma estaba dada.

La policía del Espaciódromo, en turbomóviles vertiginosos, estaba movilizándose ya. Pasó uno de ellos ante él. Paul exhibió su insignia de la SIP y saltó vivamente al interior del aparato aeroterrestre, que se lanzó en veloz persecución de la momia.

Paul, respirando agitadamente junto al conductor, le preguntó, mientras salían de las pistas, en busca de su presa:

— ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha hecho “Zorn” allí dentro?

El policía conductor se volvió a él. Informó, sin dejar de conducir aceleradamente, hacia los raíles de los colgantes que iban a Roma-Ciudad:

—Mató a alguien de los que viajaban en el “Intercontinental”. Lo mismo que hizo en Egipto, al parecer... Usted, que es de la SIP, debe de saberlo mejor que yo.

— ¿Triturado también? — ante el asentimiento del policía, preguntó—: ¿Quién? ¿A cuál de los viajeros ha matado? Yo viajo con ellos...

—Era una mujer, una chica joven...,

Paul palideció. Una expresión de vivo horror se extendió por su rostro, al volverse hacia el policía y casi gritar:

— ¿Una mujer joven? ¿Quién, por el santo amor de Dios?

El policía pareció sorprendido de sus ímpetus. Le miró con extrañeza y puntualizó gravemente:

—No sé... Creo que era una chica egipcia... Una tal Saadi Mussek, de la Comisión Investigadora de El Cairo... La pobre chica quedó irreconocible...

Paul tragó saliva. Era realmente espantoso. Pero no tanto como temiera él. Por un momento había pensado... Se preguntó por qué pensaba así. Saadi era también un ser humano, una buena muchacha, vilmente aniquilada...

— ¡Por allá va! —Gritó de súbito el conductor— ¡Mire hacia, aquel transportador de carriles!

Paul miró. Un transportador multiplaza descendía a marcha abierta por los carriles, hacia el mar de luces de Roma-Ciudad. Dada su velocidad y el punto de donde arrancara, segundos antes, no cabían dudas.

“Zorn”, la momia estelar, viajaba dentro de él...

* * *

Aceleraron a extremos increíbles. Por encima del tendido de carriles, el aeromóvil de la policía de Roma, en el que viajaba ahora Paul Martin, de la SIP, como un perseguidor más, hendía el vacío, cortándolo con un silbido estridente y prolongado, a su máxima velocidad para dar alcance al transportador colgante, que seguía su impresionante descenso hacia la ciudad.

— ¡Ya le alcanzamos!—rugió Paul, esgrimiendo su pistola desintegrante, dispuesto a barrer el vehículo. Cualquier cosa, menos permitir que la momia escapase de nuevo —. Procure mantenerse a espaldas de su vehículo, o póngase a su flanco, pero nunca delante,

porque sería nuestra muerte.

— ¿Por qué así?

—He descubierto algo. Si uno choca con él de frente, la onda destructora parte directa, insalvable. Si uno tiene la precaución de saltar de costado o ponerse a sus espaldas, la onda existe también, pero no es mortífera y golpea más levemente, como difuminada...

— Hum. Un arma así no existe en la Tierra. Hubo alguien hace años que intentó crear eso, un viejo investigador inglés, pero nunca lo consiguió. Le llamaban “el rayo triturador”... La gente se reía de cosas así... ¡Cielos! Y ya ve ahora...

—Es que ese ser no es terrestre. No es un delincuente vulgar, agente. Es un ser llegado de Andrómeda hace cuatro mil años...

—Sí, he oído el boletín de aviso de la SIP. Pero, amigo, ¿es cierto eso... o es un cuento de hadas?

—Ojalá fuera eso — suspiró Paul—. No estaría yo ahora aquí...

— ¡Mire, ya le alcanzamos definitivamente! ¡Vamos a ponernos junto a él ahora mismo!...

—Ya lo veo...—Paul aferró con mayor firmeza su arma —. Mantenga la distancia y la posición. Voy a disparar sobre uno de los carriles. Si logramos que caiga al abismo, acaso le destruyamos definitivamente. Pero si se conserva vivo ahí dentro, nos aniquilará a nosotros.

El policía asintió. Tras ellos, otros tres agentes armados enfilaron sus pistolas electrónicas de tiro automático, sobre el transportador colgante. Paul fue el primero en disparar. No dieron el alto, ni lo pensaron siquiera. Con un monstruo como aquél, sobran los paliativos.

Su impacto llameó, azul y deslumbrador, sobre un raíl. Éste se quebró, desintegrado por el proyectil corrosivo. Cedió el tendido de aquel carril. Se soltó el rodillo y osciló el transportador, con tal violencia, que pareció se soltaría de su única sujeción en el aire, a cientos de metros sobre el ascua de luces y colores de Roma-Ciudad en la noche, para zambullirse mortalmente abajo.

— ¡Observe eso!—exclamó el policía—. ¡El vehículo posee frenos y mandos para evitar una hecatombe en un caso así..., pero ese “Zorn” no los utiliza! ¡Ni siquiera los ha tocado! Tal vez no sea tan inteligente como dicen...

— Yo empiezo a creer que es más, mucho más inteligente, incluso, de lo que se asegura... — declaró en forma inesperada Martin —. Ese vehículo..., ¡deténganlo!

—Pero las precauciones, la onda destructora... Para detenerlo es

preciso ponerse delante, atascar el rodillo de deslizamiento en el carril que queda...

— ¡Háganlo, pronto..., o ese vehículo se estrellará abajo, causando un sinnúmero de nuevas víctimas en la estación término de la línea!—avisó roncamente Paul.

El policía, desconcertado, obedeció, temiendo sentir a cada instante en su cuerpo el impacto demoledor de la fuerza desconocida de aquel “extraño”. Paul Martin era de la SIP. Y la SIP poseía plena autoridad sobre cualquier otro cuerpo policial, estatal o metropolitano, a lo ancho y largo del mundo y del espacio. Tenían que obedecerle. Sobre todo, en un caso de su total jurisdicción.

La turbonave policial, haciendo funcionar rabiosamente su sirena, rebasó al Vehículo de los carriles sin que nada sucediera. El transportador, solamente sujeto al carril único que quedaba, daba unos bamboleos escalofriantes en el vacío. Pero descendía con su celeridad de vértigo...

No ocurrió cosa alguna tampoco cuando la nave policial se situó frente al vertiginoso vehículo lanzado hacía abajo, y apuntó con su cañón de soldaduras hacía la vía, bastantes metros por delante del transportador.

Disparó un chorro de metal caliente, que en el acto se soldó y solidificó con el del carril, formando una dura costra metálica. Esa costra detuvo en seco el rodillo deslizante cuando el transportador aéreo le alcanzó. Pegó un escalofriante chirrido, pareció a punto de desprenderse en forma definitiva, siendo engullido por el abismo, ya muy cerca de Roma-Ciudad, cuya luz envolvía fantasmalmente a los vehículos y personajes de la escena.

Pero no ocurrió nada de eso.

El transportador sobre carriles se detuvo por fin. No cayó ni siguió adelante. Quedó detenido. Paul ordenó aplicar al turbomóvil de la Policía el freno aéreo. La nave, como un helicóptero, se mantuvo quieta, pendiente en el aire, frente al paralizado vehículo. A menos de dos o tres yardas. Paul abrió la portezuela. Su cuerpo asomó al negro abismo de la noche. El policía le advirtió:

— ¡Tenga cuidado! ¿Qué va a hacer?

Paul no respondió. En vez de ello, saltó al transportador, se aferró a las asas del mismo, colgando del vacío. Las armas de los policías le cubrían, por si algo sucedía.

No ocurrió nada tampoco ahora. Paul accionó sus músculos dócilmente, y brincó, penetrando por una abierta ventanilla en el vehículo. Desapareció en su interior.

— ¡Cielos! — farfulló el policía, estremeciéndose— ¡Ese tipo

es un temerario o un loco! ¿Y si está dentro la momia?...

Pronto apareció Paul. Cansado, decepcionada la expresión de su faz pálida y contraída. Denegó con la cabeza.

—Volvamos al Espaciódromo — pidió—. Aquí solamente hay un hombre. Y está muerto.

— ¿Eh?

—Un empleado de los transportadores. Se le debió obligar a entrar aquí. Puso en marcha el vehículo. Luego, “Zorn” saltó fuera del mismo y destruyó con su onda trituradora al infortunado, dejándole en marcha hacia abajo. Estaba seguro de que nosotros le seguiríamos, convencidos de que íbamos tras los pasos del propio “Zorn”..., como por desgracia así hemos hecho.

— ¡Cielos, ese monstruo tiene una astucia diabólica!— jadeó el policía—. ¿Y ahora?

—Ahora sólo nos queda regresar... y esperar que no haya cometido más horrores allá arriba... ¡Vamos, no perdamos más tiempo, muchachos!

CAPÍTULO VIII

K A R E E N



AUL MARTIN se apartó con gesto descompuesto del lugar donde una pieza de tela plastificada cubría piadosamente los restos triturados, informes, de la desventurada Saadi Mussek, la apacible muchacha egipcia, la sempiterna dormilona, compañera de tienda de Kareen Marlow.

El agente del SIP, sombrío, caminó hasta el pie de la escalerilla de

acceso al Intercontinental. Allí se agrupaban la mayoría de los expedicionarios, en tanto otros deambulaban de un lado para otro, tratando de auxiliar a la policía en su labor, o contribuyendo a calmar al personal del Espaciódromo, tras la espantosa aparición.

Rusty Lawson, Craig y Ferhat Bey, ausentes todavía del Espaciódromo cuando la aparición de la momia de “Zorn”, eran informados con voz excitada por Sheila von Mulder, que había advertido lo que sucedía desde el interior de la nave, a través de una de las ventanillas laterales.

Paul Martin se dirigió a ellos. Buscó a alguien con la mirada y no lo encontró. Su voz sonó tensa al preguntar a Pierre Chenal:

—Profesor. ¿Y la señorita Marlow? ¿La ha visto alguien?

Chenal denegó con la cabeza. Pareció realmente perplejo al advertir su ausencia. Y fue en ese momento cuando Arnold Worth, el auxiliar clasificador, intervino:

—Yo la he visto, señor Martin. La conducía un enfermero del Espaciódromo a la enfermería del campo. Al parecer estaba en la aeropista cuando ocurrió todo, perché su “shock” era bastante fuerte... ¡Pobre señorita Marlow! No gana para sustos...

Ya Paul Martin no le escuchaba siquiera. Había echado a correr a través del gigantesco círculo metálico suspendido en el vacío, y rodeado de blancas edificaciones y amurallado, en pos de la indicadora luz roja en forma de cruz, que señalaba la enfermería del Espaciódromo. Una congoja interior le dominaba.

Kareen Marlow con un fuerte “shock” otra vez... Kareen, presenciando el horror. Hubiera deseado que cualquier otro estuviese en su lugar'. Que no fuera precisamente ella la que sufriera tales golpes emotivos.

Sorprendido, se preguntó a sí mismo por qué sentía tales cosas hacia Kareen Marlow. Apenas la conocía, y esa sensación resultaba de todo punto incomprensible. Pero lo único cierto, positivo, es que “sentía” así.

Penetró como un alud en la enfermería. Dos sanitarios romanos intentaron oponerse a su paso. Un médico le prohibió terminantemente la entrada en el pabellón de cristal donde se hallaban las salas de urgencia. En ambos casos, la credencial de la SIP que esgrimía el excitado Paul sirvió de mágico “¡Ábrete, Sésamo!” para franquearle las puertas sin nuevas protestas o negativas.

Por fin, se halló en una estancia donde una enfermera se volvió, escandalizada, al oírle entrar. Paul la calmó con la vista de su credencial.

Luego, lentamente, se acercó al lecho donde, pálida y apacible,

descansaba Kareen Marlow. Indagó:

— ¿Cómo se encuentra? ¿Es algo serio?

La enfermera negó con una sonrisa. Luego, le informó:

—Es un simple golpe emocional. Al parecer, estaba cerca de donde sucedió el horrible crimen del Espaciódromo. Y dicen que ella era compañera de la víctima... Gritó, cayendo sin conocimiento. Ahora le hemos administrado un sedante. Creo, que para dentro de ocho o diez horas estará totalmente repuesta y en disposición de seguir viaje.

— ¿Ahora no?

—No. El médico no lo juzga oportuno. Podría haber alguna seria complicación, si él no la asiste de cerca y ella no guarda el debido reposo, ¿comprende?

— Claro, enfermera. Gracias de todos modos—suspiró Paul Martin. Contempló con aire abatido a la joven—. Yo he de seguir forzosamente el viaje. Creo que aquí, en el Espaciódromo, es solamente un servicio de urgencia el que ustedes practican, ¿no?

—Sí, señor. Será trasladada en aeroambulancia a un sanatorio de Roma-Ciudad, por si tardase más de diez horas en reponerse del todo, o por si le conviene un descanso mayor.

—De acuerdo — Paul extrajo una cartulina impresa. La tendió a la enfermera— La SIP se hace cargo de todo. La señorita Marlow será trasladada a la Central Sanitaria de Roma, bajo los mejores cuidados.

—Perfectamente, señor. Se lo comunicaré así al doctor en seguida — sonrió la enfermera. Le observó atentamente, mientras Paul contemplaba a la joven yacente, y de súbito le disparó con suavidad la pregunta inesperada—: Es su novia, ¿verdad?

Paul Martin se sobresaltó. Iba a negar con viveza. Incluso el término le resultaba extraño, inusitado, nuevo. ¡Su novia! Él jamás había tenido ninguna...

De repente, una suave emoción le invadió. Resultaba una idea fascinadora pensar que una criatura tan bella y femenina como Kareen fuese su... su novia. Y, sin saber ciertamente por qué lo hacía, afirmó despacio con la cabeza. Suspiró y dijo:

—Sí, enfermera, sí... En cierto modo... es mi novia....

Salió bruscamente de la estancia. Regresó al Espaciódromo, a investigar todo lo sucedido.

* * *

—Fue espantoso... Tan horrible como hallar a Curd sin vida, como saber que Alí Bahara había sido asesinado... Tan horrible como tener conciencia de que una momia, un ser de ultratumba, que ha

llevado cuatro mil años muerto, deambula entre nosotras destruyendo a los humanos...

Sheila Von Mulder hizo una pausa. Paul la contempló gravemente, asintiendo con la cabeza.

—Comprendo lo que siente — admitió—. Y no quisiera hacerle preguntas, señora von Mulder, en sus actuales circunstancias: Sin embargo, creo que es necesario. La señorita Marlow, mi otro testigo ocular de la trágica escena, está inconsciente, y tiene para varias horas. Necesito, pues, saber lo que pasó, por alguien que lo presenciase. En este caso, usted.

Y miró fijamente a la mujer.

—No le serviré de gran ayuda. Fue todo tan rápido, tan confuso..., tan monstruoso... — demudada, Sheila von Mulder inclinó la cabeza. Su dorado cabello centelleó, al recibir la cruzada luz de los superfocos del Espaciódromo, sobre sus cabezas. El aire tenue y fresco en aquella, altura agitó las hebras de oro suavemente, y golpeó la faz endurecida de Martin, el hombre de la SIP —. Estaba reclinada en mi asiento, esperando la llegada de los demás. Usted sabe que ni siquiera he abandonado el Espaciódromo durante la escala en Roma. Después de todo, no tengo adonde ir. Es algo que me va a ocurrir durante largo tiempo; ahora que he perdido a Curd. Era un hombre rudo y mucho mayor que yo, es cierto. Pero maravillosamente humano y cariñoso. Creo que no he descubierto cuánto le amaba, hasta que lo he perdido.

—Comprendo, señora Von Mulder — Paul sonrió apagadamente—. Tengo referencias de ustedes facilitadas por mi jefe, Callowan. Sé que eran una pareja muy feliz. Por favor, siga.

Ella prosiguió:

—Me asomé, al advertir que se acercaba la hora de reemprender la marcha, y nadie aparecía, salvo Worth y otros dos auxiliares egipcios, pertenecientes al ideal Instituto Británico de Etnología. Vi que Saadi Mussek cruzaba la aeropista, con paso ligero, hacia la nave. En otro lugar, allá lejos, estaban Pierre Chenal, conversando con un funcionario del Espaciódromo, ante las galerías encristaladas de la Aduana Planetaria. Todo normal... De pronto, surgió “él”...

— ¿De dónde?—interrogo vivamente Paul.

—Eso es lo terrible — Sheila cerró sus ojos, sin duda por no evocar tan nítidamente la escena. Se convulsionó—. Pareció no salir de “ninguna parte”. No miento decirle cómo ocurrió. Sólo sé que emergió. ¿De la tierra, del aire? No sé... Su figura larga, delgada, con los jirones de vendas, gris y aterradora, se plantó ante Saadi de pronto. Ella gritó. Gritó, llena de terror, y empezó a retroceder. Luego, creo que la oí reír, reír y reír, como si se hubiera vuelto loca...

—Es cierto—asintió Chenal, que asistía a la escena—. Dos funcionarios del Espaciódromo dicen que se percibían sus risas histéricas, horribles... Y que, de ese modo le sorprendió la muerte. Yo no podía oírla, desde, donde estaba. Ni apenas ver nada...

—Sí, Martin — gimió Sheila—. Aún reía cuando algo chocó con ella, sin que la momia cesara de avanzar hacia la infortunada muchacha... Vi su cuerpo destrozarse, desarticulado, sin que nadie la tocara. Cayó reventada, a los pies de su horrendo matador... Entonces apareció usted en la puerta de acceso a las pistas. Grité, espantada, temiendo por otra víctima... Pero fue increíblemente rápido en eludir aquello, lo que pudiera ser...

—Gracias, señora Von Mulder. Ha sido muy amable al referirme esos detalles tan impresionantes. Una última pregunta: ¿vio usted a Kareen Marlow?

—No. Incluso ignoraba que estuviese cerca de aquel horror...

—Al parecer, estaba tan cerca que lo vio todo demasiado claro, y el terror la venció. Es una muchacha valerosa, pero todo tiene sus límites. Ahora reposa. Irá al Centro Sanitario de Roma, y cuando se recupere, veremos lo que nos puede referir. Aunque no creo que ello nos ayude mucho más para cazar a ese ser alucinante...

—Martin...—Sheila le contempló, profundamente alterada —. Creo que se les escapé una vez más, ¿no es cierto?

— Y bien cierto. Fuimos tras una pista falsa. Es muy listo. Tanto, que resulta difícil incluso localizarle. Se, oculta, se eclipsa virtualmente, sin dejar el menor rastro de su paso, salvo aquél de sus horrendos crímenes...

—Dios mío — inclinó la pálida faz, con un escalofrío intenso —. Sería terrible una invasión de seres como “Zorn”...; ¿no cree, Martin?

El agente del SIP asintió con expresión sombría. Declaró muy despacio:

—Tan horrible, señora Von Mulder, que si estamos luchando ahora de este modo es precisamente para evitar que eso llegue a ocurrir alguna vez.

— ¿Y... cree que tendrán suerte?

—No sé. Eso está en manos de Dios. Sólo en Él confío ya...

* * *

El intercontinental se elevó majestuosamente hacia los espacios.

Paul Martin giró la vista atrás, a través de la ventanilla de su compartimiento. Respiró hondo.

— ¿Qué le ocurre, Martin? — preguntó, a su lado, Ferhat Bey,

el eminente lingüista egipcio —. ¿Le duele dejar algo ahí detrás?

Paul se volvió, captando en la expresión del profesor un cierto matiz burlón, malicioso. Asintió despacio.

—Si — confesó—. Me duele dejar Roma. Y dejar a Kareen Marlow...

—Vaya, vaya— sonrió Ferhat Bey suavemente—. ¿Simpatía..., amistad..., interés profesional..., o “amor”? *

—Quizás un poco de todo eso. Y también miedo.

— ¿“Miedo”? — Ferhat enarcó sus oscuras cejas. Los profundos ojos árabes estudiaron a Paúl con sorpresa—. ¿A qué, Martin? ¿A “Zorn”?

—Pudiera ser. No puedo apartar de mí una idea obsesionante... —.inclinó la cabeza y añadió gravemente—: Me produce la impresión de que Kareen corre peligro. Un grave peligro tal vez..., y yo no puedo quedarme a defenderla de ese peligro...

CAPÍTULO IX

OTRA VEZ “ZORN”



PURÓ Kareen Marlow la taza de caldo. Después, las píldoras de vitaminas purificadas. El doctor Santari, sonrió, recogiendo el servicio en la bandejita. Lo entregó a la enfermera, que salió con él de la estancia, y Santari se volvió hacia la muchacha postrada en el lecho.

—Esto va bien — declaró con calma—. Creo que mañana podrá usted abandonar ya el Centro y emprender la última etapa de su viaje.

—Han sido todos muy amables, doctor —ella, suspiró, mirando las altas vidrieras de la estancia, que la separaban de la negra noche. Se estremeció al evocar algo, y lo alejó rápidamente de sí—. ¿Cuántas

horas he pasado inconsciente?

—Exactamente veintidós — explicó Santari.

— ¿Tantas?

—Sí, señorita Marlow. Desde anoche. Era necesario darle reposo, últimamente ha sufrido muchas emociones intensas. El señor Martin, al recomendarla aquí, nos encareció la mayor atención a su caso.

Y así lo hicimos.

— ¿El señor Martin? ¿El agente de la SIP? — se sorprendió Kareen.

—Eso es. La aprecia muy de veras, ciertamente.

— ¡Pero si apenas nos conocemos! —suspiró ella, sorprendida.

—Pues, a pesar de todo, siente por usted un gran afecto. De no ser por él, acaso la hubieran dado por curada con unas pocas horas de reposo. Como él conocía bien sus antecedentes en los últimos días, insistió en una mayor retención aquí, y un prolongado reposo.

—Sí, creo que realmente lo necesitaba — suspiró ella—. Me encuentro muy bien...

El médico sonrió, asintiendo. De súbito, cuando ya salía de la estancia, ella le llamó con excitación.

— ¡Un momento, doctor! ¡Un momento!

Él se volvió. Con aire de reprensión en su rostro. Severamente, la avisó:

— ¿Ya vuelve a excitarse? Recuerde que no le convienen nuevas emociones...

— ¡Pero, doctor, es que sus drogas calmantes me habían sumido en tal laxitud, que apenas si recordaba nada!—tenía los ojos dilatados—. ¡Pero yo fui testigo anoche, en el Espaciódromo, de...!

—Sé de lo que fue testigo — la faz del médico expresó preocupación—. Trate de olvidarlo, piense en ello como algo lejano, o tendré que aplicarle otra droga para que descanse...

—Haga lo que quiera, doctor. Pero necesito que envíe un mensaje a Londres. ¡Es muy urgente!

—Por favor, ¿no puede esperar todo eso a mañana por la mañana? Ahora debe intentar dormir...

— No, no... ¡Ha de ser ahora! — gimió Kareen—. ¡Es algo “trascendental”...!

—Bien. ¿A quién hay que enviarlo?

—Al agente Martin, precisamente. Al hombre que me trajo aquí. ¡No puede esperar! Ahora he recordado, tras el olvido momentáneo de las drogas, ¡y tengo que hablar con Paul Martin! ¡En seguida! ¡Es

urgente!

—Deme ese mensaje. Yo mismo lo enviaré...

—Gracias, doctor — ella dictó rápidamente, y el doctor Santari escribió sobre su block de notas—: “Martin, acuda urgentemente a Roma. Necesito verle ahora mismo. Asunto de vida o muerte, relacionado con “Zorn” y crimen Espaciódromo. Tengo miedo. Su amiga: Kareen Marlow... ¿Lo enviará, doctor?”

—Tiene mi palabra. Ahora mismo irá al teleradiograma internacional. Dentro de media hora estará en su poder.

—Gracias...— dejó caer la morena cabecita en la almohada—, Gracias, doctor...

El doctor salió, descendiendo en uno de los turbo-ascensores del gran edificio, hacia la planta baja.

Una vez allí, tendió el despacho a la enfermera de turno ante el transmisor visofónico.

— ¿Hasta qué hora está usted de servicio aquí, enfermera? — preguntó Santari.

—Hasta las diez de la mañana, doctor...

—Bien. Entonces, despache el cablegrama a esa hora, justamente antes de ser relevada — sonrió el médico—. Esa muchacha que ha escrito esto sufrió una tremenda excitación. Conviene que repose toda la noche. Ese Martin podría plantarse aquí en menos de dos horas, y no le conviene perder el descanso, como ocurriría con su llegada.

—Pero si dice que es muy urgente...—objetó la enfermera.

—A pesar de ello... haga lo que le digo. Es mucho más urgente la salud de ella.

—Sí, doctor...

Santari, satisfecho, se alejó hacia otras dependencias del Centro Sanitario, a su cuidado.

Él no podía comprender que su decisión significaba la diferencia entre la vida y la muerte, para la mujer a quien tanto pretendía cuidar...

* * *

Sheila Von Mulder no se sentía tranquila, con Kareen Marlow en aquella clínica, tan lejos de Londres y de ellos. En, realidad, nadie de la expedición se había quedado libre de una carga de preocupaciones, al dejar a Kareen en Roma. Pero Sheila menos que nadie.

Por eso estaba ahora en Roma, por eso acababa de detenerse el turboreactor de velocidad formidable, capaz de cubrir la distancia

con Londres en menos de diez minutos de supervuelo por la estratosfera.

—Bajaré en seguida— dijo al hombre de uniforme blanco, sanitario, que ocupaba el asiento de atrás—. Creo que no habrá inconveniente para llevar a Kareen a Londres.

El sanitario asintió, sin despegar los labios, y Sheila von Mulder penetró rápidamente en el Centro de Sanidad de Roma, donde la SIP tenía servicios especiales médicos, a disposición constante de la organización policíaca internacional y espacial.

Sheila, con su sencillo, ceñido traje negro, su faz pálida y serena, seguía siendo hermosa. Quizá con una belleza más transparente, más triste. Pero belleza al fin.

Expuso las razones de su visita a la enfermera de turno y le mostró la tarjeta del doctor Leighton, de Londres. Era como una mágica llave, porque Leighton estaba considerado la primera eminencia médica de Europa. A su clínica solamente tenían acceso los grandes magnates y multimillonarios.

Pasó rápidamente Sheila a presencia del doctor de turno. No era ya Santari, sino el obeso y afable doctor Fonchi. Escuchó atentamente a Sheila Von Mulder, le rogó que se identificase, y luego se puso a su disposición en todo.

—Naturalmente, señora Von Mulder, solamente una persona como usted podría hacerse cargo de la señorita Marlow. Sé que el doctor Leighton la atenderá mejor. Y el señor Martin, aún debe de estar en Londres...

—Está allí — sonrió Sheila —. Se llevará una buena sorpresa, cuando vea, a la muchacha. Creo que siente por ella algo más que una buena amistad...

—Entiendo — Fonchi rio—. Venga, por favor, la llevaré hasta la señorita Marlow.

* * *

— ¡Señora Von Mulder! —Kareen gritó jubilosamente el nombre de la bella dama, al verla aparecer. Le confortaba la presencia de una persona conocida y amiga. Las dos mujeres se abrazaron. Los últimos acontecimientos las habían unido fuertemente—. ¡Cielos, no la esperaba por aquí! Me dijeron que todos estaban en Londres...

—Eso es. Pero no podía dejarla a usted aquí, Kareen. Creo que estará más segura y atendida en Inglaterra— sonrió—. Después de todo, sigo siendo el jefe de la expedición, al faltar mi marido.

—Claro está — Kareen sonrió. Luego, con una transición,

interrogó—: ¿Y... Paul Martin? ¿Ha hecho el viaje con usted?

— ¿Conmigo? No, muchacha. Claro que no. Él no sabe nada de esto...

—Oh...—Kareen, decepcionada, inclinó la cabeza—. Entiendo. Creí que vendría. Le envié un, mensaje urgente...

—Es posible que no lo haya recibido o esté demasiado preocupado con “Zorn” para poderse desplazar o responderla, Kareen. De todos modos, pronto podrá verle. ¿Vamos? He venido a recogerla, si lo desea, para conducirla al sanatorio del doctor Leighton...

—Por supuesto. Estoy deseando verme de nuevo en Londres — aceptó Kareen. Y su sonrisa de satisfacción por el traslado se vio algo paliada por la decepción del silencio y ausencia de Paul Martin, el hombre en quien había empezado a confiar—. Vamos cuando quiera, señora Von Mulder...

Poco después, firmada el alta en el Centro Sanitario de Roma, Kareen salía con su amiga, cruzando la avenida hasta el vehículo a turboreacción aparcado enfrente.

Kareen advirtió la bata blanca del acompañante, y Sheila explicó antes de llegar al vehículo:

—Creí que la encontraría peor de salud y me traje a un sanitario conmigo. Veo que no es necesario— la palmeó suavemente la espalda, y ambas mujeres entraron en el turboreactor, en el asiento delantero.

Sheila von Mulder puso en funcionamiento los motores nucleares. El vehículo partió como un proyectil, perdiéndose en las alturas.

— Dentro de diez minutos, en Londres — sonrió Sheila, al volante del reactor.

Kareen suspiró lentamente. Su rostro ensombrecido se volvió hacia la señora Von Mulder. Temblaba de excitación.

—Ahora podré al fin contar a alguien lo que sé — musitó roncamente —. Creo que no voy a sentirme tranquila hasta que alguien más no lo sepa...

— ¿Qué es ello, querida? — Sheila se volvió a ella con calma.

—Algo que la SIP debe saber en seguida... — miró de soslayo hacia atrás. El sanitario, con el rostro vuelto hacia la ventanilla posterior, parecía muy ocupado examinando el espacio, los campos de nubes que el reactor había dejado tras de sí al remontarse. No pudo verle el rostro. De nuevo se volvió a Sheila y añadió, con voz de apremio—: Usted..., usted recordará que yo presencié el horrible suceso del Espaciódromo, ¿verdad?

—Sí, querida claro que lo recuerdo. Yo también lo he visto. Será mejor que no piense ahora en eso.

— ¡Es que “tengo” que pensar! ¡Y “tengo” que hablar!— se excitó Kareen, nerviosa. Sus ojos dilatados expresaban horror, angustia, incredulidad—. ¿Sabe... sabe una cosa? Yo... yo vi a “Zorn” tan cerca, tan próximo a mí..., que pude “descubrir su cara”.

Sheila se estremeció. Volvió la faz hacia Kareen y habló roncamente:

—Dios mío, ¿tan cerca estaba de él?

—Sí, muy cerca. Había rodeado la nave intercontinental, y precisamente pasaba por entre su tren de aterrizaje cuando sucedió todo. Vi de lado la escena... ¡vi morir a Saadi Mussek a poca distancia de mí..., sin poder hacer nada por evitarlo!

—Entiendo, Kareen. ¿Quién podía hacer algo, ante un poder como el de “Zorn”?

—Es que “Zorn”, señora Von Mulder..., “ZORN”, el invasor de otro planeta..., “no existe”...

Sheila pegó un respingo. Su rostro se contrajo. La miró, muy fija.

— ¿Eh? ¿Está loca, mi querida criatura? ¡Claro que existe! ¡Si usted misma le vio...!

—No, no. Yo vi a “un hombre disfrazado de momia..., a un ser real, fingiendo lo que no era...”

— ¡Imposible!

—Era un hombre. Y vi sus ojos, el color de sus ojos, su estatura, sus gestos, todo. Yo sé... ¡yo sé, señora, que “Zorn” era el profesor Rusty Lawson, ese arrogante joven rubio de ojos verdes!

Sheila Von Mulder suspiró, a flor de labio, sin el menor gesto de sorpresa. Parecía realmente decepcionada. Volviendo la mirada al volante y al rumbo que seguían, dijo, sin mirar siquiera atrás, al sanitario que había empezado a rebullirse:

—Ya lo has oído, querido Rusty... La señorita Marlow te identificó... y sabe demasiado... “Creo que ha llegado el momento de aniquilarla también a ella...”

Demasiado tarde, comprendió Kareen el horror de su situación. Con un escalofrío de viva angustia se volvió en redondo, fijas sus pupilas desorbitadas en la figura blanca, amenazadora, de detrás...

CAPÍTULO X

T E L Ó N



ONTEMPLÓ Kareen con estupor el rostro del falso sanitario traído por Sheila Von Mulder desde Londres. Por un momento creyó soñar.

Solamente cuando sonó la voz fría, metálica, del hombre disfrazado de enfermero, supo que era cierto cuanto estaba ocurriendo. Supo la asombrosa verdad...

—Señora Sheila Von Mulder. En nombre de la SIP, queda arrestada por cinco asesinatos «omitidos hasta hoy, en complicidad con su amante, Rusty Lawson... A saber: las muertes violentas de Alí Bahara, Curd Von Mulder, Saadi Mussek, un funcionario del Espaciódromo, y otro del transportador de carriles a Roma-Ciudad... La farsa ha terminado, señora Von Mulder...

El grito de horror de Sheila Von Mulder sacudió el interior de la nave a reacción. Se revolvió, lívida, con la boca espumeante y los ojos saliéndose de sus órbitas. No podía dar crédito a sus ojos, al descubrir que, bajo el gorro blanco del supuesto sanitario, no era la faz de Lawson la que aparecía..., sino la de Paul Martin, agente de la SIP...

Quiso hacer algo. Su mano soltó el volante, empuñó un arma. Paul no la dejó ir más lejos. Mientras Kareen gritaba roncamente algo, Martin esgrimió su propia pistola narcótica. No vaciló en disparar.

Sheila Von Mulder, herida por un proyectil que la paralizó por completo nada más tocarla, rodó al fondo del asiento, narcotizada por varias horas. Paul, ágilmente, saltó sobre el respaldo del asiento delantero, y aferró el mando. Situó el piloto automático del rumbo. Kareen, atónita, vio al salir, Martin del compartimiento de atrás, que un hombre yacía, desnudo y bien ligado, sobre la alfombra esponjosa del vehículo, casi oculto por el asiento de atrás.

—Sí—rio Paul— Ése es Rusty Lawson..., el temible y fabuloso “Zorn”, llegado de otros planetas lejanos...

— ¡Martin! ¡Usted...!—gimió Kareen—. ¿Pero cómo es esto posible...? ¿Recibió mi mensaje..., sospechó esta horrible verdad?

— ¿Mensaje? No, no he recibido ninguno de usted. Pero sí sospeché esta horrible verdad, mi querida Kareen Marlow. ¿Se cree que, de otro modo, la hubiera dejado sin protección en Roma?

—Dios mío, gracias a Dios...— Kareen sollozó, y Paul juzgó oportuno dejarla que se desahogase—. Usted sabía que “Zorn” no existía, que todo era falso...

—Claro. Lo supe casi en seguida. La farsa era ingeniosa y audaz..., pero demasiado inverosímil.

— ¿Cómo pudieron crear algo tan horrible, tan fantástico?

—Disponían de los medios principales: la momia.

Y la verdad escrita en el papiro. Ciertamente, Kareen, el Faraón Tanak VI fue un “extraño”, un invasor de otros planetas, como él mismo reveló antes de morir. Pero murió. Y murió sin posibles resurrecciones a cuatro mil años de plazo. Tenía envoltura humana cuando le sorprendió la muerte, y como humano murió. Quizá las condiciones de clima y ambiente del interior de la pirámide, la propia abundancia de perfumes y aromas que rodeaban al Faraón supuestamente muerto, hicieron lo que parecía el milagro de la incorruptibilidad. Se momificó..., pero solamente era eso: una momia vulgar, sin nada especial que la caracterizase. O si lo tuvo, ya nunca lo sabremos.

Ella preguntó:

— ¿Destruyeron la momia?

—Claro está. Era la única forma de deshacerse de ella...— miró fijamente a Kareen y añadió—: Le voy a referir todo, Kareen, tal y como sucedió, a mi juicio. Usted ha estado en un gran peligro por todo esto y tiene derecho a saber... ¿Se da cuenta de cuál era el único y verdadero motivo para toda la farsa, para todo el tinglado de mentiras y de alucinantes comedias montadas por los dos asesinos?

—No..., no logro entenderlo, como otras muchas cosas...

—Lo entenderá en seguida. Todo tiene su humana y lógica explicación. El fin propuesto por Sheila Von Mulder y el guapo Lawson no era sino uno: matar a Von Mulder. Un crimen perfecto, porque un acto vulgar haría recaer instantáneamente las sospechas policiales sobre la esposa que heredaba una fortuna, que pronto se casaría con Lawson y que se libraba así de un marido tosco, muy viejo para ella, e inmensamente rico.

—Dios mío... ¿Y sólo para matar a Curd tuvieron que realizar todos esos crímenes de más?

—Sí. Era la forma de enmascarar el delito auténtico, el móvil real de su juego. Y está comprobado que quien mata una vez, puede hacerlo dos e incluso cien. Ellos pusieron en práctica su plan de un modo muy distinto. No podían saber, naturalmente, pese a la imaginación portentosa de la señora Von Mulder, que una momia estelar iba a surgir en Egipto, ofreciéndoles en bandeja una coartada sensacional y única.

—Entonces, ¿había otro proyecto primitivo?

—Sí. ¿Sabe una cosa? Un policía de Roma me dio la primera pista, a! revelarme que alguien, un viejo profesor inglés, había experimentado en busca de un arma similar a la fantástica de “Zorn”. “El Rayo Triturador” la quería llamar. La gente se reía de él, y el sabio no logró su invento. Pero lo dejó bastante en embrión. Luego, su propio hijo lo perfeccionó, gracias a los modernos adelantos, y logró un aparato magnético que emitía unas ondas destructoras, desintegrantes, de determinada frecuencia. Esas ondas magnéticas, precisamente por su frecuencia especial, no afectaban a la piel humana, sino a huesos, músculos y arterias. Sobre todo a los huesos. Emitidas desde un receptáculo situado sobre el pecho de alguien, ligado con correas, lanzaba una oleada destructora sobre la persona elegida. Pero sólo era mortífera en sentido directo, frente a frente. Lateralmente, perdía su nociva potencia. ¿Sabe el nombre del sabio que empezó los experimentos de esa terrible arma? Walter Lawson, padre de Rusty...

—Oh, entiendo...

—Cuando descubrí eso, tuve el cuadro completo. Pero pensé: ¿por qué Lawson puede desear una matanza así? Además, necesitaba un cómplice. Lo hubiera necesitado para robar la momia, matar a Alí y dejar la momia de nuevo en otra tienda, como hizo la primera noche... Fui examinando diversos sospechosos. De pronto, encontré la razón. Un día, peleándose él con Craig, su eterno enemigo, éste le llamó algo así como “vividor de su físico”, y eso ofendió a Lawson. Me pareció que, para tal ofensa, es que existía una razón, que acaso era cierto. Acto seguido, la señora Von Mulder interviene y derriba a Lawson. Un acto de autoridad, poco de acuerdo con su simple autoridad de esposa del jefe del grupo. Más parece el acto de una mujer dominante, con un hombre sobre quien tiene autoridad. Eso me dio la primera pista. Pensé. Fue Sheila quien robó sin duda la momia del almacén, mientras Lawson cometió el primer crimen. Luego, ella misma dejó el cuerpo momificado en su tienda, Kareen. Luego, planearon sacar a la luz la momia. El primer ensayo fue ante Von Mulder. Éste murió sin poderse defender, a causa de la onda magnética. Pero seguramente vio a la momia, y no la identificó. Lawson se consideró seguro de su hábil disfraz. Lo he hallado bajo ese asiento posterior. Es un cuerpo de goma gris, adaptable al cuerpo, vendas de la auténtica momia, y todo eso.

—No se olvidaron detalle alguno...

—No. Incluso el hecho de derribar un vasito de arcilla, para imprimir la pisada de la momia, dando la sensación de que andaba. Y la audaz jugada del tanque de aire líquido...

— ¿Cómo pudieron sacar de ahí la momia?

—A la vista de todos — rio Paul —. La momia estaba en su lugar cuando entró en el tanque Lawson. Me dijeron que tardó un par de minutos. Los precisos para abrir él la caja, dejar la momia en el suelo del tanque, volver al exterior con la caja, previamente cerrada de nuevo, y luego, al abrir la espita del aire líquido otra vez, la momia abandonada por Lawson allí dentro, se volatilizaba, convertida en puro hielo. Fácil y simple. Audaz también, muy audaz. Se jugaron mucho a una carta, y salió bien. La coartada del fantástico “Zorn” se solidificó. Todos creyeron ya en ello.

"Habían pensado en fingir una muerte por aplastamiento, a base del “tritador magnético” de Lawson, cuando iniciaron la expedición. Una falsa caída de rocas, sobre el cadáver de von Mulder, ya triturado antes, junto con alguien más. Pero este juego asombroso les daba nueva impunidad y una coartada solidísima. ¿Quién iba a sospechar que era obra humana, atribuyéndolo a un terrible invasor de otros mundos?”

— ¿Y siguieron matando, una vez muerto Von Mulder?

—Tenían que hacerlo, o corrían peligro de que algo resultara sospechoso. Eligieron a la pobre Saadi al azar. Y también les fue bien eliminar a los dos infortunados funcionarios del Espaciódromo y el transportador. Eso completaba el siniestro cuadro. “Zorn” estaba en libertad... “Zorn” mataba,.. La señora Von Mulder me engañó también a mi llegada al campamento, refiriéndome que su marido halló el ataúd de “Zorn” cerrado. Estaba realmente abierto, estoy seguro. Pero ese detalle, que sólo ella vio, confirmaba el hecho de que, por sí sola, la momia abriera y cerrase tapas. Entonces telegrafió a la SIP mis sospechas de que todo era obra de algún ser humano, pero que me convenía circulase la orden de buscar a un invasor espacial, para confiar a los verdaderos culpables.

—Cielos, Martin. Fue usted muy listo.

—No. Creo que el error de ellos fue buscarse una coartada tan fantástica. Tenía el peligro de chocar con un incrédulo como yo. Y traté de buscarle el lado lógico, real, plausible. Lo encontré, si bien no daba con los motivos de todo ello ni tampoco con los culpables, lógicamente. Cuando “Zorn” atacó en el Espaciódromo, no trató de matarme siquiera. Les convenía yo, como testigo convencido de la existencia de la momia... Le perseguí. Pero Lawson es escurridizo y muy atlético. Se ocultó, engañándonos. Luego, le bastó despojarse del disfraz, plegarlo en una bolsa de plástico que ocupase poco lugar y regresar al Espaciódromo alegremente, sin ocultarse de nadie...

Así, siempre “Zorn” se eclipsaba ante nosotros misteriosamente. Bajo sus ropas, sobre el pecho, dejaba el proyector del rayo mortífero, seguro de no ser nunca registrado. Yo necio de mí, no pensé en esa

posibilidad. Pero tal vea fue mejor así... ¿Ha oído que Saadi reía en el Espaciódromo al ser atacada? Es porque identificó de pronto, lo mismo que usted, a Lawson. Las mujeres son más sagaces en eso. Y sus ojos no pasaban precisamente desapercibidos a ninguna mujer. Su risa histérica provenía de creer al profesor Lawson capaz de una broma macabra como aquélla. La muerte súbita debió de asombrarla terriblemente, estoy seguro...

—Pobre Saadi — suspiró Kareen. Alzó los ojos hasta Paul—. ¿Y yo... fui su cebo?

Paul asintió:

—Sí. Dije en voz bien alta dónde estaría hospitalizada y sugerí que sabía algo importante, que pudo ver... Lawson y Sheila, que ya sabían el motivo de las risas de Saadi, temieron la verdad; que usted también le hubiera identificado. Yo les vigilé estrechamente a ambos. Por eso seguí vuelo a Londres, en vez de cuidar de usted. Y cuando Sheila y Lawson salieron para Roma, les seguí. Mientras Sheila se entrevistaba con usted en el Centro Sanitario, yo paré cerca de su turbomotor y atacé por sorpresa a Lawson. Luego ocupé su puesto... y eso es todo.

—No, no es todo — musitó la joven. Se inclinó sobre él, besando sus labios. Luego, se echó atrás, ante la sorpresa de Paul —. Gracias por todo, amigo mío. Se merece usted mi gratitud eterna. Le debo la vida... Esos monstruos me hubieran asesinado sin vacilaciones.

—No lo dude. Hubiera sido usted la víctima final de “Zorn”, la momia del espacio...

El turbomóvil hendía el firmamento hacia alguna parte. Kareen musitó:

— ¿Y ahora?

—Ahora, a Londres. Luego iré a Washington, a entregar el caso, resuelto, en manos de Donald Callowan. Va a llevarse una buena decepción cuando sepa que la bella esposa de su amigo Von Mulder era una asesina. Pero lo olvidará en cuanto encienda un buen cigarro — sonrió—. Estoy seguro de que lleva ya varios días sin fumar, sabiendo que “Zorn” andaba suelto por ahí...

—Ellos pagarán sus crímenes en la cámara de muerte... — musitó Kareen—. Y nosotros, poco a poco, olvidaremos el horror. Telón final al drama, Paul...

—Eso es. Y, como siempre en los dramas, dentro de su desenlace, todavía queda sitio para algo que endulce a los espectadores deprimidos. Kareen, ¿quieres casarte conmigo?

— ¡Paul!

—Espera un momento. Es la primera vez que pido esto a una muchacha. Aunque sea “francés”, aunque tengamos mala fama...

— ¡Paul!

—Siempre he vivido solo, no he tenido otro aliciente que luchar, que perseguir aventuras y correr riesgos... Creo que ahora he descubierto, al fin, algo que vale más que todo eso...

—Paul..., por favor, escúchame...

— Sé lo que vas a decirme: no.

—¡Tonto!—le echó los brazos al cuello— ¡Te diré que sí! ¡Sí..., mi querido “lobo solitario”...! Luego le besó.

Y Paul a ella.



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 18.— El imperio de la muerte.— *W. Sampas*
- 19.— El continente maldito.— *Alan Star*
- 20.— Raptos espaciales.— *W. Sampas*
- 21.— La banda del cerebro.— *W. Sampas*
- 22.— Sindicato de bandidos.— *W. Sampas*
- 23.— Agente espacial.— *Alan Star*
- 24.— Asalto al heliexpreso.— *W. Sampas*
- 25.— Primera misión.— *W. Sampas*
- 26.— ¡Miedo en la SIP!— *Alan Comet*
- 27.— Fábrica de asesinos.— *W. Sampas*
- 28.— Virus mortal.— *Alan Star*
- 29.— Prueba de sangre.— *W. Sampas*
- 30.— Ídolos de barro.— *Alan Star*
- 31.— Hermandad negra.— *Johnny Garland*
- 32.— Tongo, ciudad podrida.— *W. Sampas*
- 33.— Emisión de muerte.— *W. Sampas*
- 34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
- 35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
- 36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
- 37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
- 38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
- 39.— ¡Muerte fosforescente!— *Johnny Garland*
- 40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
- 42.— Rejas de arena.— *Alan Star*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¡Una de las primeras aventuras de Callowan, cuando la SIP acababa de nacer!

FUEGO MORTAL

¡La más original y desconcertante novela del gran escritor W. SAMPAS!

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICION
TORA

En Argentina: 9 pesos